

MAJIRA. Tierra de Gigantes

Isaac □ Espinosa



Capítulo 1

PROLOGO:

Necesitas leer el primer libro:

->MAJAIRA. El último de los gentiles<-

<http://www.megustaescribir.com/obra/98271/majaira-el-ultimo-de-los-gentiles>

Buscalo en mi perfil

De lo contrario, no vas a entender mucho.

MAJARA

EL ÚLTIMO DE LOS GENTILES



Capítulo 2

LA HERIDA

CAPÍTULO 1

Caleb despertó después de un día. Tenía la Majaira de su hermano enterrada en el pecho, atravesándosele, manteniéndole clavado en la pared, porque la espada se había incrustado en el muro que estaba detrás de él.

Recobró poco a poco la conciencia, y comenzó a recordar lo último que había visto, al demonio Arje explotando, a su hermano aventándole una Majaira. Ese recuerdo le hizo voltear hacia abajo, y en efecto, ahí estaba el arma, con una parte dentro de él.

Con sus dos manos se desenchajó del pecho la espada, y la dejó caer, el sonido metálico resonó con mil ecos en el gran salón vacío y redondo cuando el arma cayó.

Caleb deslizó su espalda hacia abajo por la pared hasta quedar sentado en suelo. Aunque ya tenía claro lo que le había pasado, aún estaba confundido, pero principalmente porque no sabía si aceptarlo o no. Aceptar ser un atravesado. La verdad era que actuaba algo en su interior que le hacía tener esa contradicción. Antes de que la Majaira le cruzara el pecho, jamás hubiera considerado siquiera ser un rebelde, pero ahora, aunque él no lo quisiera o lo aceptara, el Espíritu del Rey le había atravesado el corazón y eso lo cambiaba todo.

Aunque la herida estaba abierta, no le dolía, pero sentía un hormigueo en la cabeza, un dolor sordo que se escondía detrás de su aturdimiento. El joven se paró del suelo y mientras lo hacía, mantenía fija su mirada en algún punto perdido. Caminó como hipnotizado a lo largo de aquel salón, y parado frente a la puerta, posó su mano en el interruptor y abrió para salir. Estaba atónito, inmerso en sus reflexiones, actuaba sin pensar en lo que hacía, como en automático.

Caleb, aún seguía en la gran Fortaleza de Amot, el centro mundial del gobierno del Semejante, donde el Ángel caído había instaurado su trono y donde él mismo trabajaba.

Todos ahí estaban muy alterados, corriendo y gritando de aquí para allá. De haber estado más atento, Caleb se hubiera dado cuenta del loco

frenesí que se vivía.

El gran acontecimiento de el día anterior, la desaparición de todos los atravesados, realmente tenía grandísimas consecuencias para el gobierno global, para el Semejante, y principalmente para los propósitos de Apolión, el Rey de los demonios, quien había pensado en conquistar el mundo y a los humanos, sin pelear, simplemente potencializandolos a todos antes de que los rebeldes encontraran la ultima aldea, y atravesaran al ultimo de los gentiles, y fueran raptados del mundo, dando inicio a los últimos tiempos.

-¿Que haces ahí parado?- rugió una voz detrás de Caleb.

Era un hombre de edad avanzada y de tez blanca, casi transparente, encapuchado, y con un demonio de seis ojos y cuatro mandíbulas. El demonio estaba sobre la cabeza del anciano, y se fusionaba a su rostro. El hombre llevaba una túnica negra y larga, con el triángulo del gobierno del semejante.

Las mandíbulas del demonio, que estaban a la misma altura a la que debería de estar la del anciano, siguieron diciendo en un tono muy alto y exaltado:

-Tenemos una junta extraordinaria y urgente, de importancia trascendente. ¿Donde está tu capa? ¡Agh!, No importa ivamos! No hay tiempo que perder.

El anciano le dijo eso, porque reconoció a Caleb, y Caleb era del departamento que se encargaba de las sustancias potencializadoras, por eso debía estar presente en la reunión de la que hablaba. Pero el atravesado no reaccionaba, entonces, el anciano de la bata negra, tomando al joven de la mano, lo jaló y empujó para que se pusiera en marcha, lo cual hizo.

En ese momento Caleb volvió en sí, como si finalmente hubiera despertado o salido de la burbuja de sus reflexiones o de sus ensueños. Aquel hormigueo sordo que sintió al principio resultó ser un gran dolor de cabeza que ahora le asaltaba de golpe.

En un momento de confusión no hay na da más sencillo que acatar una orden y por ese Caleb siguió al viejo encapuchado, hasta que ambos llegaron a un gran Auditorio. Ahí habían cientos de hombres con las mismas batas negras, los de las primeras filas tenían demonios a manera de sombreros, iguales al anciano que guió a Caleb. También había demonios y algunos gigantes en la asamblea. Caleb tomó su lugar entre los demás, en unas gradas un tanto elevada y alejadas del estrado principal. El viejo que lo había encontrado y que lo había llevado a aquella reunión, se abrió paso entre todos, y llegó hasta enfrente, subió al estrado

y comenzó a hablar. El sistema de audio replicó su voz, e inundó todo el auditorio con aquel mensaje.

-Esos desgraciados lograron atravesar al último de los gentiles. Ya todos los rebeldes se han ido. El humillado los ha arrebatado. Ahora es inminente su regreso, y como saben, pretende volver para conquistar y juzgar a este mundo y a todos los que le rechazamos. Pero Apolión, ¡qué viva para siempre!, no piensa quedarse cruzado de brazos a esperar, sino que piensa adelantarse. Aprovechará que desde ahora y durante algunos días, el humillado estará de fiesta ofreciendo un gran banquete de bienvenida a sus recién llegados, en su palacio que está en las tierras lejanas y que estará distraído. Los demonios irán hasta ahí, a las tierras lejanas, mas allá del mar de cristal, donde ahora mismo se lleva a cabo la celebración, y atacarán por sorpresa, a fin de conquistarlos, y de acabar, de una vez por todas con el humillado y con su reino. Solo los ángeles irán pues ninguna bestia, ni ningún humano pueden atravesar ese mar de cristal. Lo mejor para esa invasión hubiera sido contar entre nuestras filas con los patriarcas, el ejercito de demonios que esta encerrado en el abismo, bajo el gran portal, porque son los mas poderosos, pero aunque finalmente nuestro rey confeccionó la gran puerta para liberarlos, la llave que abre ese portal, está perdida en una selva remota. Los últimos en poseer esa llave eran los rebeldes que llegaron a la última de las aldeas. Esos rebeldes también se fueron en el arrebato, pero no pudieron llevarse absolutamente nada de esta tierra a las tierras lejanas, así que la llave debe estar por ahí, tirada, o en la madriguera de algún animal. Como ustedes bien saben, el Semejante otorgó el cuidado de la llave a Kabed, un príncipe de los hombres piedra, mientras construía el gran portal. Y aunque era una estrategia política, jamás debimos confiar en él, pues aunque tenía una coraza inmune a las Majairas y su furia en contra de los atravesados era la misma que la de cualquier demonio, él mismo, en el fondo, no era mas que un detestable humano; y como todo humano corría el riesgo de ser atravesado.

Con esta última frase, donde demostraba su desprecio hacia la humanidad, se evidenciaba que quién hablaba era el demonio que estaba sobre la cabeza de viejo.

-Parecía que su coraza de piedra - Continúo diciendo el demonio de cuatro mandíbulas - lo calificaba para ser un digno guardián, pero nadie nunca se imaginó que un martillo pudiera vencerlo. ¡Va! Pero no es hora de lamentos. Vamos a recuperar esa llave y abrir ese portal. El Semejante se encargará de ello.

El discurso del encapuchado se interrumpió un momento por qué esas últimas palabras, tan llenas de convencimiento, provocaron algunas hurras y aplausos entre el público, y después de eso, el anciano siguió.

-Ahora mismo hay un equipo de búsqueda y de rastreo en toda la jungla para recuperar la reliquia.

Pero por otra parte, todos nosotros debemos continuar impulsando el proyecto de potencializar a la humanidad completa en nuestros gobiernos locales. Mientras quede un humano perfecto en sus generaciones, existirá el riesgo de que el reino de Kurios resurja. Pero oigan esto, tenemos una gran ventaja en ahora mismo, y es que ya no existe ningún atravesado sobre toda la faz de la tierra. - El anciano lanzó en este punto una carcajada malévola - nadie que pueda blandir una Majaira, nadie que atraviese a otro, nadie que complique nuestros planes. Es cierto que tenemos poco tiempo, pero también es cierto que tenemos el terreno libre. Es nuestra gran oportunidad y debemos darnos prisa para inyectar a todos los humanos, antes de que decida regresar el humillado. Si conseguimos eso, tendremos la victoria asegurada.

Caleb tragó saliva al escuchar eso último. El viejo continuo:

-Los niños humanos se han ido con él, y todos sus familiares están histéricos. - Siguió diciendo el demonio - No saben qué les ha sucedido. El shock en el que se encuentran nos favorece, porque les diremos que tal desaparición confirma la invasión interdimensional de extraterrestres de la que les hemos estado advirtiendo y que también deja de manifiesto las intenciones que tienen los invasores de esclavizarnos. Les diremos que fueron ellos quienes se llevaron a sus hijos, les haremos creer que va en serio, y que ahora, más que nunca, necesitan potencializarse para que juntos podamos hacerles frente. Todos estarán dispuestos y no pondrán objeción. Y para que ya no hayan cabos sueltos, hemos bajado la edad en que pueden inyectarse la fórmula. A partir de los doce años ya podrán aplicarse el potencializador, y como ya no hay niños menores de esa edad, por que se fueron en el rapto, significa que a partir de hoy, absolutamente todos podrán potencializarse. - Ésta última frase la dijo con una voz muy siniestra - Pasando a otro tema, tenemos la importantísima tarea de recoger todas las Majairas y traerlas aquí para su debida desaparición. Ya mandaremos los protocolos por medio de los canales de comunicación asignados.

Finalmente, debo comunicarles que este incidente, ha provocado que se detengan los diálogos diplomáticos de reconciliación entre los hijos del Cantor y los hijos de la piedra. El Semjante estaba muy cerca de hacerles firmar la paz, pero este contratiempo también vino a perjudicar ese procesos. Sin embargo, confiemos en que nuestro gran Mandatario sabrá resolver el infortunio. Más tú, Caleb, es mejor que salgas de aquí, lo antes posible.

A Caleb se le cayó el semblante, pues le consternó muchísimo oír eso. Había escuchado claramente que el demonio de cuatro mandíbulas mencionó su nombre, pero después de eso, siguió hablando de los mismos

temas, como si nada. Entonces lo dijo de nuevo:

-Caleb, ya lo saben, es mejor que te marches cuanto antes o no tendrán piedad de ti.

El demonio nunca miró directamente al joven, ni nadie en la asamblea le volteó a ver, a pesar de que Caleb nuevamente había oído al viejo decirlo públicamente y delante de todos. Entonces pensó que el demonio estaba usando el poder telepático tan característico de los de su raza para comunicarse con él. El joven empezó a sudar frío, y de manera sorpresiva, los seis ojos oscuros y afilados del demonio que estaba en la cabeza del anciano, se posaron sobre Caleb, e hicieron un ademán, como si estuviera esperando a que el muchacho reaccionara y acatara la sugerencia de irse.

El joven se paró nervioso, y abriéndose paso entre los presentes, se salió por la puerta más próxima. La verdad era que el demonio no le había dicho nada, y por eso, cuando vio a Caleb pararse, e irse, le extrañó; y con una sencilla y breve instrucción, el demonio dio la orden de que los guardias lo siguieran.

Caleb, amedrentado y confundido por la advertencia del demonio, solo pensó en salir de aquella fortaleza e ir a cualquier parte, pero lejos. El dolor de cabeza había crecido bastante y le nublabla la razón. Al intentar irse de aquel edificio, se dió cuenta que llevaba mucho tiempo encerrado dentro de esa fortaleza, tanto que no recordaba cuándo había sido la última vez que estuvo fuera. Caleb pensaba que ese era el motivo por el cual, en ese momento, le estaba costando tanto trabajo encontrar la ruta de salida.

Como pudo, el atravesado, recorrió con mucha prisa los pasillos que suponía que le llevarían a alguna salida. Finalmente llegó a unas puertas que estaban en un vestíbulo, colocó su mano en el scanner y las puertas se abrieron y él ingresó al salón. Era grande, bien iluminado y circular. Caleb no puso mucha atención en lo que había adentro, pues la preocupación de pensar que lo iban a capturar lo hacía actuar sin meditar mucho. Una vez adentro, como por instinto, repitió el proceso de poner su mano en otro scanner que había ahí, y al accionarlo, el suelo circular del gran salón se abrió, de forma radial, empezando del centro, como el diafragma de un lente de alguna antigua cámara mecánica de fotografía.

Abajo del piso que se acababa de abrir, había un gran salón circular. Una buena parte de él estaba abierto, y daba al exterior. Era algo parecido a un gran porche. Unas escaleras, que tenían sus escalones pegados al muro circular del porche, conectaban los dos niveles. Caleb bajó a ese gran salón y al estar ahí abajo, pensó que finalmente había encontrado la salida, pues vió que enfrente de él se extendía un paisaje, que si bien no

era muy idílico, si era esperanzador.

El cielo estaba lleno de nubarrones plateados y el horizonte se iluminaba con una luz amarilla pálida, irradiada por el sol, que justo se encontraba de frente al joven. Caleb sintió un gusto tranquilo, cómo la felicidad que dá la paz. Un camino adoquinado se extendía delante del atravesado. Se dispuso a dar el primer paso hacia su libertad y escapar de la fortaleza de Amot por ese camino, cuando algo muy extraño sucedió en el firmamento. El sol comenzó a descender con una gran velocidad, bastante inusual, y en vez de ocultarse detrás de las montañas, pasó por enfrente de ellas, y en tan solo unos segundos, bajó hasta el nivel del suelo y se paró al final del camino que pretendía comenzar a recorrer Caleb. Luego, el astro, que no dejaba de ser un punto luminoso a la distancia, comenzó a acercarse a el joven, y comenzó a crecer de tamaño, hasta que Caleb se dio cuenta, que lo que venía hacía él no era algo, sino alguien; una persona envuelta en todo el fulgor que un lucero pudiera tener. Pero al mismo tiempo que se acercaba aquel hombre misterioso, todo en derredor se oscurecía con dramatismo, y mientras aquel extraño se aproximaba, el dolor de cabeza de Caleb crecía, a tal grado que le costaba trabajo tener la calma necesaria para aclarar sus ideas e interpretar lo que estaba pasando. Pero no solo crecía la jaqueca a medida que se acercaba el hombre incandescente, sino que un temor hacia aquella persona, tan grande como las montañas que tenía en frente, crecía en el corazón de Caleb.

Finalmente aquel extraño llegó estar a unos cuantos pasos del atravesado, frente a él.

-¿Quién eres?- pregunto Caleb aterrado.

-Kurios, a quien tú persigues.

-¿Qué quieres de mi?

-Cuando entres al agua te lo diré, pero por ahora, quiero que no te caigas.

Las palabras de Kurios hicieron que Caleb volteara hacia abajo, y en la oscuridad que envolvía el lugar, pues ahora lo único con luz era el Rey, el atravesado vio que delante de sí estaba un hoyo gigantesco. Por poco y Caleb daba un paso dentro de ese abismo profundo, el cual, parecía no tener fondo.

El atravesado retrocedió dos pasos, sorprendido. Volteó a su alrededor y se percató de que no estaba en un porche ni nada por el estilo, sino que se encontraba dentro de una caverna. Miró hacia arriba, y en lugar de la bóveda de piedras que cualquier cueva debería tener, había una gran apertura redonda, y mas arriba, estaba el salón circular en donde había despertado Caleb, hacía un par de horas. El mismo salón en donde había

peleado con su hermano.

Caleb, sin saberlo, había llegado a la antesala de la prisión del rey de los demonios. Ese calabozo estaba en las profundidades de la tierra. Era un gran agujero en el suelo que parecían no tener fondo. En lo profundo habitaban los peores males y pesadillas que el demonio pudiera crear. Apolión, mediante su poder, había hechizado ese calabozo para que ahí, el impacto del tiempo transcurriera diferente, muchísimo mas lento; tanto que pareciera que la muerte nunca llegaba a ese lugar de tortura y de miedo. Un hombre podría vivir ahí quinientos años y aun seguir siendo joven. Una cárcel donde su dueño nunca abriría la puerta, un hoyo de donde nadie ha podido regresar. Un lugar donde las Majairas no atravesaban a los humanos, por eso, el gobierno del Semejante, después de recolectarlas, pretendía aventarlas ahí.

Ese gran agujero estaba debajo de el salón circular donde Aod, el hermano de Caleb, había destruido a Arjé, el guardián de ellos, y donde había atravesado a su hermano.

Ese gran Salón estaba blindado de tal manera que ni siquiera los ángeles podían entrar ahí con la teletransportación. Algunos ángeles de alto rango podían desaparecer y aparecer en otro lado, pero ese salón estaba diseñado para que eso no sucediera. De hecho, esa fue una de las razones por las que Arjé, el demonio guarda de esos dos hermanos, los llevo a luchar ahí, para que ningún ángel de Kurios, pudiera intervenir. Esa protección que tenía aquel salón era precisamente para mantener asegurada y aislada la entrada subterránea al abismo de Apolión.

Cuando Caleb y Aod lucharon en ese salón, Arjé, no quiso abrir las compuertas del suelo a fin de aventar a Aod al abismo, por que pensaba divertirse viendo a los hermanos lastimarse mutuamente en combate. Además, si se abría el acceso al gran hoyo subterráneo, el demonio corría el riesgo de que Caleb también cayera.

Caleb se quedó quieto, pasmado, tratando de entender algo, cuando Kurios se dió media vuelta, y así como llegó, así se fue. Alejándose y haciéndose pequeño y circular, como sol, y volvió a colocarse de nuevo en el firmamento del paisaje aplomado que el joven había visto al principio, al bajar al porche. Cuando Kurios estuvo cerca del atravesado, Caleb pudo ver la realidad, el hoyo y la cueva, pero cuando se fue el Rey de los reyes, y tomó nuevamente la forma de sol, Caleb volvió a ver la ilusión del paisaje y del porche .

El muchacho estaba consternado y miró a su alrededor, volteó hacía atrás para ver la pared del edificio y cuando volvió a voltear hacia el frente, sorpresivamente, volvió a ver la misma pared del edificio que había visto atrás hace un instante. En donde debía estar el camino y el campo del paisaje, estaba la misma pared y además, ahora, a sus espaldas, estaba

el paisaje exterior. Era como si se hubieran intercambiado los lugares con tan solo girar la cabeza.

Entonces vió cómo dos guardias de la fortaleza del Semejante se bajaron de un árbol que estaba a un lado del camino, en el campo que estaba que estaba frente al porche, y se acercaban corriendo hacia Caleb. El joven no tuvo tiempo para pensar mas, y cuando los dos gendarmes, que eran un par de minotauros, le estaban poniendo las manos encima, Caleb, con una fuerza sobrehumana y con una velocidad nunca antes experimentada, en el lugar donde estaba parado, hizo unos movimientos de judo, y aventó a los dos grandulones tras de sí, y éstos, al caer al suelo, desaparecieron. Sin embargo sus gritos se escucharon alejarse y desaparecer gradualmente, aunque ellos se esfumaron en el instante en que tocaron el piso.

Entonces Caleb entendió lo que estaba pasando.

Los minotauros no desaparecieron, sino que cayeron al gran agujero, que ahora, Caleb no veía, el agujero del que Kurios le advirtió, el abismo.

Ahora el joven sabía bastante bien lo que sucedía. Trabajó el tiempo suficiente en el desarrollo de la fórmula potencializadora cómo para no reconocer algunos de los efectos secundarios de esas sustancias.

Lo que estaba experimentando Caleb, eran precisamente las secuelas de todas las veces, que con fórmulas potencializadoras, intentó cerrar el rasguño que alguna vez, en una clínica, junto a su hermano, una Majaira le causó en el corazón. Las inyecciones que durante tanto tiempo se puso, estaban teniendo una reacción en su cuerpo, un efecto secundario. Las artes demoniacas con las que se fabricaban esas formulas podían hacer eso, trastornar el cuerpo de quienes se las aplicaban y provocarles alucinaciones tal y como las que ahora estaba teniendo el joven.

Las fórmulas contaban con algo parecido a un sistema de autodestrucción, pero más que un sistema era un hechizo. Si por alguna razón, la persona que se aplicaba la inyección era atravesada después por una Majaira, como era el caso de Caleb, la pócima le hacía alucinar y lo conducía con engaños sensoriales a quitarse la vida a sí mismo. En esta ocasión, el efecto de la sustancia estaba conduciendo a Caleb al gran abismo de Apolión para que él mismo se aventara. De hecho, cuando escuchó al demonio decirle en la reunión que ya lo habían descubierto y que se marchara, en realidad había sido parte de sus alucinaciones.

Los efectos secundarios que mencionamos, no siempre eran tan efectivos y agresivos, y en algunos casos, perdían poder rápida y gradualmente, de tal manera que la mayoría de las veces, los atravesados podían vivir una "vida de atravesados" normal. Ahora, en la nueva fórmula, que precisamente Caleb había desarrollado, ya no había ese fenómeno, porque

con la nueva sustancia 333X2, las Majairas ya no atravesaban a los hombres, sino que los mataban.

Caleb nunca estuvo involucrado con hechizos y artes demoniacas al desarrollar sus formulas, su tarea era hacer que la sustancia fuera contundentemente efectiva, para que nunca necesitara de ese sistema de autodestrucción. Pero las formulas anteriores que se aplicó, no habían sido desarrolladas por él, y vaya que sí contaban con esos hechizos, que ahora le estaban llevando a la muerte.

Al chico le vino repentinamente un mareo, y tuvo que cerrar sus ojos. Cuando los volvió a abrir, el lugar había vuelto a cambiar de posición y esto probocó que el joven no supiera en que dirección dar un paso, pues al hacerlo, podría caer al precipicio. No podía ir a ninguna parte. No podía moverse. No podía confiar en lo que veía, no podía confiar en el piso que tenia delante de sí. Si intentaba avanzar era muy probable que cayera, pues estaba a merced de las alucinaciones. Además, el fuerte dolor de cabeza le nublabá el poco entendimiento que le quedaba.

Caleb sabía lo que debía hacer, tenía que quitarse un ojo. Muchas de las inyecciones que se aplicó, se debían poner en la frente, y por la cercanía, los hechizos demoniacos de las formulas afectaron sus ojos, haciendo que el atravesado viera esas cosas que no era reales. Esto lo sabía muy bien Caleb, con base en su gran experiencia de la materia, y también sabía que bastaba con quitarse solo uno ojo para que el otro mirara con normalidad. No importaba cuál, era un arco reflejo, quitando uno, el otro regresaría a la normalidad.

-iHey, Detente!-

Inmediatamente después de que Caleb arrojara a los dos soldados al precipicio, llegaron otros dos minotauros. Estas bestias habían visto cómo Caleb se había rehusado a ser capturado por sus otros dos compañeros, y cómo los había echado en el abismo.

- Eso te costará muy caro - Le gritaron.

Para ese momento la migraña del joven ya era insoportable.

Los minotauros dieron unas cuantas zancadas más y por efecto de las alucinaciones, desaparecieron de la vista del muchacho, sin embargo Caleb siguió escuchando sus resoplidos y sus pasos, que cada vez se acercaban rápidamente más a él.

-Ríndete y entrégate.- decía uno de los guardias, que no veía.

Tras sus pisadas y su voz, Caleb oyó accionarse la alarma que anunciaba a los rebeldes, y el joven tenía claro que la habían activado rachas a él.

Ahora sí, el atravesado estaba perdido. Caleb sabía que sí lo capturaban, lo llevarían a juicio por aventar al gran hoyo a dos elementos de la guardia, y ahí descubrirían la herida que la Majaira de su hermano le había hecho en el pecho, descubrirían que él mismo era un atravesado y lo aniquilarían sin ninguna piedad.

El dolor tan insoportable de cabeza que tenía el chico hizo que no resultara difícil quitarse un ojo, y una vez que lo hizo, la jaqueca desapareció y pudo ver las cosas tal cual eran.

Los minotauros ya le estaban echando las manos encima, y de nuevo, con una destreza y una velocidad propia de los veloces, el joven pudo hacer que los minotauros tropezaran y fueran a dar al gran hollo, pero mientras las bestias caían a la obscuridad, se estiró el brazo de Caleb y alcanzó a agarrar a uno, lo tomó de un cinturón que le cruzaba la espalda; evitando que cayera al abismo, manteniendo a la bestia suspendida en el aire.

Para colmo, el otro minotauro quedó atorado por un cuerno con su compañero, de tal manera que Caleb estaba cargando a los dos guardias, los cuales eran, de por sí, muy grandes. El peso de las dos bestias que cargaba Caleb con su brazo, era tanto que estaba arrastrando al atravesado hacia el abismo, pero Caleb no podía soltarlos, por que aunque él quería hacerlo, su mano, no respondía.

Resulta que las sustancias potencializadoras no solo se las aplicó en la frente, sino que también se las aplicó en la mano derecha, envenenado así todo su brazo, y por esta razón, Caleb, de manera involuntaria, estaba agarrando al minotauro por la espalda, y aunque quería soltarlo para no caer junto con ellos, su mano no obedecía a su voluntad, sino que por el contrario, el efecto auto destructivo de las inyecciones le hacía aferrarse a su perdición.

La alarma no dejaba de sonar y ésta produjo que cinco guardias más llegaran corriendo al lugar; pero su tropel hizo retumbar un poco el suelo, lo suficiente para que la Majaira que estaba en la orilla del orificio circular del suelo del salón de arriba, se cayera, y rebotara en algunas rocas, hasta llegar al alcance de la mano izquierda de Caleb.

Esa Majaira era la de su hermano, que antes había sido de su padre. Era la espada que le había atravesado y que había destruido a su demonio guarda. Era la espada que había tirado al suelo al despertar. Cuando el piso del salón se abrió para que el joven descendiera a la cueva subterránea, la espada quedó justo en el borde de la apertura, de hecho,

una parte del arma quedó suspendida en el aire y la otra en el suelo, por eso, bastó con un poco de movimiento para que se cayera. Movimiento que los centinelas provocaron con su llegada. El atravesado no vio la Majaira cuando volvió a entrar a aquel salón, ni la vio quedar suspendida al borde del piso cuando abrió el acceso al porche de abajo, por que sus alucinaciones también se lo impidieron.

Caleb estiró la mano que tenía libre, agarró la Majaira, y se cortó el antebrazo derecho en el momento justo. Los minotauros, junto con la extremidad del hombre, cayeron a las densas tinieblas. Inmediatamente una armadura recubrió al muchacho y al brazo herido, apretándolo bien para que no se desangrara. Era la armadura de los atravesados.

Es cierto que las Majairas no pueden dañar a los humanos, no les pueden cortar, pero en la situación en la que se encontraba Caleb, el Espíritu que estaba en la espada sabía que de no cortar el brazo, habría significado lastimarlo más. Caleb decidió sacar su ojo y cortar su mano para no caer, pero no podía quedarse a "lamerse sus heridas" porque los guardias ya habían llegado.

Capítulo 3

MAR DE CRISTAL

CAPÍTULO 2

Los minotauros comenzaron a disparar con pistolas láser contra el atravesado, por que ya no les interesaba capturarlo como a los otros guardias, sino eliminarlo, pero Caleb estaba recubierto de su armadura, y los láser de los soldados no lo dañaban.

Las bestias por naturaleza eran necias y confiaban en que sus disparos serían suficientes para aniquilar al intruso, aunque a todas luces, no estuvieran dando ningún resultado. Entonces, Caleb, siendo vestido con la velocidad de los veloces, aprovechó la necedad de sus enemigos y los cortó con su espada, a pesar de lo malo que era manejándola con la mano zurda.

Su hermano Aod y él, desde muy jóvenes practicaron las artes de combate. El mundo en el que vivían, en dónde solo el mas fuerte sobrevivía, les obligó a entrenarse en la auto defensa y en las técnicas de ataque. Por eso, en aquel momento, Caleb pudo manejar la espada lo suficientemente bien para que, con la ayuda de la velocidad y la fuerza de los veloces, acabara con sus adversarios.

El atravesado sabía que la paz que le había conseguido su arma, duraría muy poco, y que pronto llegarían más y más soldados para capturarlo. Tenía que huir, pero subir al salón e intentar encontrar la salida del edificio era una mala idea, por qué de ahí venían los guardias y por que él mismo entraría a un lugar repleto de seres, que avisados por la alarma, buscarían atraparlo. Sin embargo no parecía haber otra opción.

Cuando se disponía a subir por las escaleras, el atravesado sintió como si alguien le hubiera jalado ligeramente de la barbilla, y al girar su rostro pudo ver una lucesita en la pared rocosa de la cueva, como si el sol de aquel paisaje que había mirado en sus alucinaciones no se hubiera ido y siguiera ahí, clavado en la piedra.

El joven supo en su corazón, con una certeza inexplicable, que aquel fenómeno, que no era normal, era la ayuda que necesitaba en ese momento.

Rápidamente se acercó al muro y pudo ver un hueco lo suficientemente amplio para entrar. Al asomarse dentro, la pequeña luz estaba ahí, así que se agachó y entró. Lo hizo más por instinto que por otra cosa, por esa

certeza que había en su interior. En el preciso momento en el que Caleb terminó de meterse, se materializó Apolión dentro de la gran cueva. El atravesado se pudo esconder a tiempo con su Majaira. El espacio en aquel hueco era muy pequeño para una espada tan grande, pero la espada que portaba Caleb no era cualquiera, era una espada del Rey. La Majaira se introducía en la roca y la rebanaba como si la piedra fuera plastilina, así que no era problema su gran tamaño en aquel espacio tan reducido. El joven solo debía cuidarse de que no traspasara la pared y se asomara por afuera, de tal modo que el demonio lo descubriera.

La serpiente voladora había llegado ahí por que intuía una terrible amenaza para sus planes. Todos los atravesados ya habían desaparecido, así que no se explicaba cuál pudiera ser el motivo de aquella sonora alarma ni la razón por la que aún no se podía resolver el problema que la causaba.

EL demonio recorrió toda la cueva flotando, olfateando y buscando. Se detenía específicamente a escudriñar las cortadas que tenían los cuerpos de los minotauros. Algo en esas heridas hacía rabiar al dragón. Parecía reconocer que esos cortes habían sido hechos por una espada con el Espíritu del Rey de reyes. Notó también la sangre de un humano y comenzó a buscarlo. Era la sangre que salpicó Caleb cuando se cortó la mano.

La sola presencia del Ángel, provocaba en Caleb una sensación de muerte, que embargaba toda su alma de manera que lo hacía desfallecer. Todo en derredor del joven comenzó a obscurecerse, hasta desaparecer, dejando solo un inmenso espacio negro. Únicamente se veía la Serpiente voladora. La pared de rocas que ocultaba al atravesado también se desvaneció, dejándolo al muchacho al descubierto, en medio del espacio negro. Este fenómeno era producto del poder hipnótico del Demonio. Apolión usaba esta estrategia para encontrar más fácilmente lo que buscaba.

El dragón se acercó volando hacia al atravesado, con los ojos clavados en él, aunque en realidad no lo estuviera viendo. La conexión que se producía a través de la alineación de la mirada del atravesado con la del demonio funcionaba como un imán que guiaba al dragón hacía su presa. Caleb, con un gran esfuerzo, pudo zafarse de la mirada hipnótica del demonio y voltearse, buscando una escapatoria. Entonces vió la pequeña luz, estaba a un lado suyo, y el joven intentó ir hacia ella, porque su corazón la asociaba con el Rey de los reyes y con su salvación, pero no podía acercarse, pues aunque las rocas hubieran desaparecido de su vista, en realidad, aun estaban ahí, y él mismo estaba dentro de ellas, dentro del hueco. Caleb entendió eso al reconocer las piedras cuando las toco con sus brazos, no las pudo palpar, por que una mano la había perdido y con la otra sostenía su espada, pero aún así, pudo reconocerlas con sus

antebrazos.

Apolión se acercó vertiginosamente al atravesado, dispuesto a devorarlo, y cuando estuvo muy cerca del muchacho, le lanzó una feroz mordida, pero los colmillos gigantes del dragón se cerraron a medio metro de su rostro. Caleb, aterrado, comenzó a lanzar estocadas con su espada hacia el lugar que le indicaba la pequeña luz, a fin de abrirse paso con la Majaira entre las rocas, que no veía. La luz se alejaba y Caleb seguía rebanando la roca a fin de seguirla. A espaldas del muchacho, el dragón mordía la peña con sus potentes fauces, intuyendo que su presa se ocultaba ahí dentro y trataba de descubrirla. La pequeña luz que Caleb seguía, se posó en el suelo, debajo de sus pies y él atravesado clavó su espada ahí, y la revolvió, y en medio de la obscuridad y las tinieblas, Caleb comenzó a caer.

Rocas, que el joven seguía sin poder observar, le golpeaban mientras caía, pero la armadura lo protegía. Caleb alcanzó a ver, en medio de tinieblas, mientras descendía, como el vientre de la gran víbora se alejaba rápidamente por encima de él. Súbitamente, sintió que una gran masa de agua lo envolvió por completo, y que una corriente lo comenzaba a arrastrar.

Había caído en un río subterráneo.

Los trucos ilusorios del dragón solo le funcionaban para paralizar a sus presas y para establecer una conexión sensorial que le indicara hacia dónde ir, pero él seguía viendo todo de manera normal. Con sus dientes destrozaba las piedras que formaban el muro de la cueva porque suponía que ahí estaba escondido el rebelde, pero Caleb logró huir, pues con su espada se abrió camino en el interior de la roca. Tomando como guía la pequeña luz, y haciendo un hoyo en el suelo, el atravesado cayó a unas grutas, en donde corría un caudaloso río subterráneo, el cual, de inmediato le arrastró con velocidad, alejándolo del peligro de ser descubierto por Apolión.

Mientras Caleb viajaba en las profundidades de la tierra, sumergido en el caudal subterráneo, pudo escuchar por primera vez, en la voz del agua, la Historia de Todas las Cosas.

Despertó a las afueras de una Ciudad amurallada. Era de noche. Unas nubes plateadas se expandían desde el horizonte hacia el cenit. Los muros de la muralla se alzaban imponentes delante de él, eran brillantes y rojos, cristalinos, y se sostenían sobre una gran roca. Las enormes puertas en esos muros eran de una sola pieza de blanco nacarado.

Caleb podía ver que tanto a su izquierda como a su derecha, había otra roca sobre las que se extendía el muro y también podía ver a lo lejos otras

puertas blancas y grandes.

El atravesado quiso llamar a la puerta, pero antes de que pudiera tocarla, un feroz fuego se interpuso, y de él se materializó un gran ángel. El guardián se quedó mirando fijamente al que recién llegaba, sin decir palabra.

-Quiero pasar- dijo el joven tímidamente y con un tono de la voz con el que pedirías permiso.

-¡Vete!- Respondió el Ángel con severidad.- Se ha cerrado y ya nadie más puede pasar.

Caleb se sorprendió de la respuesta, pero al ver que el Guardián hablaba en serio volteó a su alrededor para evaluar sus posibilidades. Además de ese gran muro que continuaba hasta perderse dentro de la bruma, enfrente del mismo, a unos cuatrocientos metros de distancia, había lo que parecía una playa de arena era gris, como el ambiente, y el mar que se expandía hasta mas allá del fin, era una explanada ondeante, cristalina y brillante, un inmenso mar de Cristal.

-¿ Pero a dónde puedo ir? - Dijo tímidamente Caleb, encogiéndose de hombros.

Pero cuando hizo la pregunta, ya no había nadie, así que el joven no tuvo otra opción que caminar sobre la playa, pero por mucho que andaba, solo había un inmenso muro a su izquierda y un inmenso mar de cristal a su derecha. Cada cierta distancia, pasaba por una gran puerta de perla como la que intento tocar al principio cuando llegó, pero sucedía lo mismo. Un ángel furioso le impedía la entrada, así que después e alguno intentos más, desistió de entrar a la ciudad de esa manera. Así pasaron varios días, y cuando las fuerzas del joven le abandonaban, de nuevo, a lo lejos, al pie de la gran muralla, frente a una de la puertas, Caleb vió la luz en forma de sol que había visto en la cueva, y con la energía que le quedaba, fue hacia ella.

A medida que se acercaba, la luz dejaba brillar, y se convertía en la silueta de una persona. Esa persona miraba y contemplaba con solemnidad el firmamento y el mar. Cuando Caleb llegó junto a aquel hombre, ya no tenía fuerzas. No tenía que mirarlo ni oírlo para saber con toda certeza que aquella persona era nada más ni nada menos que el Rey Kurios.

Estaba vestido con una túnica roja y llevaba encima una capa de lana, también roja, porque había sido teñida con la sangre de su propia herida, la herida que no sanará.

El rostro del gran Rey se sumía en la capucha de su capa. El monarca volteó y miró al atravesado con una mirada de amor que provocó que las piernas terminaran de perder sus fuerzas, al igual que su alma. Kurios le sonrió y le habló, y esas palabras devolvieron el vigor al joven para que pudiera permanecer en pie.

-Tu hermano y tus padres están ahí adentro -Comenzó a decir el Rey de los reyes - en el banquete que les he preparado para que celebremos que recibí el poder para gobernar todos los reinos, principalmente el de los hombres. Me gozo por ellos que están ahí y te pido que te goces también. Sin embargo tú ya no puedes pasar, esta fiesta ahora ya no es para ti, se han cerrado las puertas y ya nadie más puede entrar. Yo debo volver adentro con mis invitados y tu también debes regresar tu tierra. Solamente salí un momento para hablar contigo.

Caleb se puso muy triste y sombrío por que tenía la esperanza de que él lo ayudara a entrar. El Rey sabía lo pensaba y sentía el joven.

-Pero no te entristezcas - Siguió diciendo Kurios - todos nosotros, los que estamos adentro, vamos a ir tu tierra y ahí nos gozaremos juntos. Tú debes espérame allá. Y he salido aquí para decirte que quiero que conozcas mi amor por ti y para esto te voy a dar una sola instrucción, una sola cosa te voy a pedir para que conozcas mi amor por ti, y debes intentar hacerla con todo tu corazón, a pesar de todo.

Kurios hizo una pausa, volteo de nuevo hacia el mar, enfocó su vista hacía el horizonte y continuó.

-Apolión viene hacia acá, no tarda en llegar, si pones atención, podrías escuchar a su ejército acercarse. Yo no lo enfrentaré en esta ocasión, por que nada impedirá que me ausente de mi fiesta. Mis ángeles los enfrentarán y será suficiente. Pero pon mucha atención, gracias a esta guerra, la tierra de donde vienes estará libre de demonios guardas. Entonces será fácil atravesar a los humanos, a aquellos que no hubieran accedido al engaño del Rey de los ángeles. Mi espada lo sabrá y los atravesará, y muchos, como nunca antes, me conocerán . Es la última oportunidad que tienen los hijos de Gómer. ¡Que los más posibles sean atravesados! -Eso último lo dijo como quien da una orden y después continuó - La lucha aquí durará solo un poco de tiempo, pero en tu tierra parecerá mucho mas. Ahora debo volver adentro.

El Rey Kurios, comenzó a marcharse y aunque Caleb quería decir algo, no lo dijo. Entonces apareció un ángel a un lado del muchacho.

-Debes irte - Sonó la voz del ángel con severidad - Pasaras en medio de ellos, pero no te verán. Camina.

-¿En medio de quienes?

El ángel señaló hacia el mar y Caleb vió lo que parecía una gigantesca tormenta de arena desértica que avvicinaba, solo que ésta tormenta era tan oscura, como la oscuridad puede ser. La inmensa nube crecía hasta llegar al cielo gris, obscureciendo aún más el paisaje.

Caleb vio que todo a su alrededor se iluminaba, entonces volteó hacia lo alto del gran muro. Eran los ángeles que estaban tomando su posición para iniciar la defensa de la ciudad. Las grandes puertas de perlas se abrieron, dando paso a las huestes angelicales que salían a formar las cuadrillas que detendrían el ataque del ejército demoníaco. Todos los ángeles, tanto los que se colocaron delante de la ciudad, como los que estaban sobre los muros, estaban envueltos en llamas doradas. De tal manera que en muy poco tiempo parecía que todo se estaba incendiando. El cielo que antes era oscuro se pintó del color del coral, debido a la luz naranja que irradiaban los ángeles que ardían.

El ángel que estaba a un lado del atravesado, quien le había dado la última instrucción, creció tanto que a Caleb le parecía gigante. Estaba completamente encendido, con la furia de su Señor en el ceño. Le dijo a Caleb que avanzara. El muchacho atravesó la playa, empujado por una fuerza involuntaria que movía sus piernas. Comenzó a caminar sobre el mar de cristal, sin hundirse.

El ejército demoníaco venía de frente con gran furia a estamparse contra él, y súbitamente, Caleb se adentró en las tropas nebulosas de los demonios y pensó que aquello debía ser lo más parecido a morir.

Capítulo 4

ULISES

CAPÍTULO 3

El atravesado despertó, otra vez, al inicio de una nueva vida, por qué ahora, sus ojos habían visto al Gran Rey, y decimos "sus ojos" porque aunque se había quitado uno para no caer en el abismo, dentro de la historia de todas las cosas tenía los dos. Y decimos que otra vez despertó a una nueva vida, por que ya lo había hecho cuando despertó en el salón con una espada incrustada en su pecho.

En la mente de Caleb seguía fija la mirada de amor con la que el rey Kurios le había mirado, esa mirada se coló hasta lo más profundo de su corazón y nunca jamás se salió de ahí.

Poco a poco, el constante golpeteo de las muchas gotas que caían del techo rocoso de la cueva, resonando con ecos por todos lados, lanzando sonidos cóncavos cuando caían en el agua y sonidos convexos cuando caían en la piedra, regresaron a Caleb de las meditaciones en las que se había sumido.

El muchacho se paró y se encontró a la orilla de un riachuelo subterráneo, a dentro de una amplia gruta. Su espada llegó hasta él, flotando por la corriente de ese arrollo. Caleb simplemente se agachó y la tomó. Una Majaira no es cualquier espada, y a veces, si hay un buen propósito, ese metal puede flotar.

El joven observó todas sus posibilidades y no tenía muchas. Tenía ese río corriendo en una dirección, tenía una caverna y tenía una espada, nada mas, pero Caleb había visto de lo que era capaz de hacer esa Majaira con las rocas. Así que se metió en el río subterráneo y comenzó a avanzar en la misma dirección que llevaba el caudal, suponiendo que por algún lugar debía salir. En ocasiones, el torrente se adentraba en las rocas y Caleb se habría paso entre ellas, simplemente cortándolas con su Majaira. Las piedras no resistían al poder de la espada. Era como si alguien se abriera paso en la selva con un machete, solo que en ves de maleza, eran rocas y en vez de machete era una espada del Rey. A veces, el nivel del agua le llegaba a las pantorrillas, a veces a la cintura y a veces a los hombros. La armadura le protegía de las rocas filosas contra las que se golpeaba, cuando se resbalaba y la corriente lo arrastraba. Además, la armadura también le servía para no morir de hipotermia, pues mantenía el calor en

su cuerpo.

Así transcurrieron algunos días, y Caleb comenzaba a desfallecer de hambre, pues ahí abajo no había nada de comer. Esa situación le recordaba tanto a su caminata que vivió en la Historia de todas las Cosas, cuando anduvo entre el mar de cristal y el muro de la ciudad.

Al principio, Caleb, no comprendía que había estado adentro de la Historia de Todas las Cosas. Pensó que la visión que tuvo del mar de cristal, de la muralla y de el Rey Kurios, simplemente habían sido un sueño. Pero a medida que avanzaba en el río y escuchaba ahí la voz del agua, identificó que esa experiencia era precisamente a la que se referían los atravesados que torturaba en el proyecto Joas, y que llamaban: "La Voz del Agua", que cuenta "La Historia de Todas Las Cosas". Aprendió a reconocer esa voz y esa historia cuando, andando por el río subterráneo, un pequeño susurro en sus oídos crecía y crecía, hasta volverse un voz muy clara, que lo envolvía por completo en un ensueño.

De vez en cuando él atravesado escuchaba la Historia de Todas las Cosas, y por medio de los relatos que escuchaba en ella, se fortalecía. Por ejemplo, oyó de la vez en donde el Rey de Reyes pasó, solo con su espada, cuarenta días y cuarenta noches sin comer, preparándose para enfrentarse personalmente a Apolion, antes de ir a la guerra contra todos los demonios juntos. Esa vez, el ángel caído, como es su costumbre, se quiso aprovechar de la debilidad de Kurios, a causa del ayuno, pero no sabía que ese ayuno le dió un gran poder a la espada del Rey, y ésta, manejada de manera prodigiosa, venció nuevamente al enemigo.

Finalmente, Caleb salió al exterior, abriéndose espacio con la Majaira por el hueco de un manantial que brotaba en el pasto de una pradera. Hizo más grande el hoyo y por ahí salió. Una vez afuera, la armadura que lo recubría, se esfumó.

El Sol brillaba intensamente y el aire libre refrescó a Caleb en lo profundo de su ser. Mientras disfrutaba la frescura de estar de nuevo sobre la tierra y no debajo de ella, pudo escuchar a la distancia el bullicio de un pequeño poblado y se dirigió hacia aquel lugar, siguiendo el sonido.

Por fin llegó a un tianguis que estaba a las afueras de un pueblo, en la encrucijada de dos caminos. Solo humanos estaban ahí recorriendo los puestos, mirando las mercancías. Caleb de inmediato se enfocó en conseguir un poco de comida, pero no tenía nada de dinero.

El joven, después de recorrer un poco por los puestos, llegó a uno donde vendían pollos asados, y de manera inconsciente se quedó babeando frente a las aves rostizadas. Entonces escuchó una voz a sus espaldas que

le hablaba.

-¿Que tal tu día? Joven guerrero.

Caleb volteó y vió que era una anciana quién le hablaba. Era una persona con una sonrisa muy amable, tenía el pelo plateado por las canas y trenzado. A pesar de que el día estaba soleado y templado, ella llevaba muchos abrigos encima, tantos que parecían pesar mas que ella misma.

La intromisión sacó de su enseño a Caleb, y éste, quedo muy extrañado del sorpresivo saludo.

-Estas muy limpio veo que te has dado un buen baño.- continuó diciendo la anciana.

-Eh, sí. Digamos que sí.- respondió titubeante el atravesado.

-Mi nombre es Sofía, pero de cariño me llaman Sofi, mucho gusto.

-Caleb - Se presentó el atravesado.

-Solo quería que te fijaras en esa bolso de cuero que está ahí.

La mujer apuntó con su viejo dedo hacia un bolso que estaba en el puesto de a lado. De inmediato, Caleb pudo ver y reconocer en aquella alforja el símbolo con el que Aod, su hermano, marcaba todas sus cosas. Era un símbolo parecido a una flor. Por un momento, Caleb se olvidó del hambre que lo dominaba y se dirigió, como hipnotizado, hacia el puesto donde estaba esa bolsa.

El señor que atendía era Ulises. Tenía ojos felinos, mirada pispireta y sonrisa estable, se comportaba amigablemente y con propiedad. Era de poco pelo y de barba corta.

-¿Me podría mostrar esa alforja? - le preguntó Caleb.

Ulises, después de observar el terrible estado en el que se encontraba el joven, le respondió:

-¿A caso tienes dinero para comprarla? - dijo el mercader al tiempo que lo miraba de arriba a bajo, exageradamente, haciendo una mueca con la boca como para que el mismo joven se juzgase a sí mismo y le evitara la pena.

La apariencia de Caleb era desastrosa, tenía una cicatriz terrible en la cara que le iniciaba en la frente, le pasaba por donde antes tenía su ojo, y le terminaba en el pómulo, y aunque esa cicatriz le ayudaba para que el sistema de reconocimiento satelital no lo reconociera, le hacia ver muy

mal. Por ello, Caleb, desde entonces, comenzó a usar un fleco tan largo que le tapaba la herida. Además, para rematar su mala apariencia, el chico tampoco tenía una mano.

-Por eso, no fue difícil para el mercader, y menos con todos los años de experiencia, adivinar que el chico no tenía nada de dinero.

-Pero tienes esa espada. - Sofia le susurro al oído por detrás.

La anciana, que había acompañado al joven hasta el puesto donde estaba la Alforja, sin que él se diera cuenta, pues el joven estaba enfocado en el bolso; seguía, como pensó Caleb, de metiche. El atravesado volteó y la miró cómo desdeñando una idea tan ridícula, pero nuevamente la anciana le sorprendió.

-Vamos, tú bien sabes que nadie más en el mundo puede cargar esas espadas - continuo diciendo en secreto - a menos que sea atravesado y se ve que ese señor no es uno. La espada se quedará en el lugar que la dejes. Tu solo te tienes que alejar, esconderte, esperar, y después que el mercader desista de llevársela, la tomas de nuevo y te vas.

Caleb sabía que la anciana tenía razón. El joven, por su antigua profesión, conocía bastantes cosas respecto a los atravesados y a esas espadas, y sabía a la perfección que solo los atravesados podían cargar las Majairas, y que, como decía Sofia, en ese momento, él era el único atravesado en el mundo, por lo cual nadie mas podría llevarse esa arma.

-¿Pero cómo sabe usted eso? - De pronto le vino la duda al Caleb.

- Shhh! No pierdas tiempo joven guerrero - acotó la anciana - y haz lo que te digo.

Caleb accedió, se volteó hacia Ulises y le ofreció su arma a cambio de la alforja.

-Solo tengo esta espada, te la doy a cambio de la bolsa.- Se atrevió a decirle Caleb a Ulises.

El mercader examinó con la mirada el arma desde su puesto, y aceptó el trato. Él se dedicaba a comerciar y recolectar objetos antiguos, rústicos y místicos, justo como esa espada o esa alforja.

Ulises descolgó el bolso de cuero del estante donde estaba y se lo aventó al muchacho. Éste lo cachó en el aire.

Después, Caleb enterró bien la espada en el suelo, haciéndole un ademán al mercader para indicarle que ahí se la dejaba, se alejó unos pasos, se fue tras unos matorrales y después, se puso a esperar su victoria, a que

Ulises fuera por arma e intentara moverla, para después comprobar que no podía retirarla de ahí, y se fuera frustrado. Pero el comerciante se entretuvo acomodando de nuevo el puesto, re acomodando los objetos para distribuir el espacio, ahora que ya no estaba la alforja y que pondría una espadota, así que se tardó un poco en salir.

El joven, entre tanto, examinó la bolsa que era de su hermano y como es natural, miró en su interior para ver qué había dentro. Para su sorpresa, encontró un pequeño pan redondo de color blanco. Su rostro se iluminó al verlo. Estaba muy alegre por haber encontrado algo de comer dentro de la alforja, pero antes de que pudiera llevárselo a la boca, la anciana se lo arrebató de la mano y se lo comió, así no más, sin explicación alguna. Caleb explotó en un berrinche.

- Eh! ¿De dónde salió Señora?

Caleb nunca supo de dónde había salido la anciana, si lo había seguido o si ahí estaba. Pero en realidad no le importaba tanto cómo es que estaba ahí, sino por qué le había robado su comida.

- ¿Que le pasa Señora? No he comido en días enteros y usted sabe bien que no tengo dinero, y aun así me quita mi comida.

-¿Por que tanto drama por un pedazo de pan cuando hay más adentro? - Dijo con una pícaro sonrisa.

-iClaro que no hay otro adentro!- vociferó el joven.- Acabo de revisarlo y solo había uno. Mire señora, observe por usted misma.

Caleb abrió tanto como pudo la alforja para que fuera evidente que estaba vacía, pero para su sorpresa, había otro pedazo de pan redondo y blanco. Al atravesado se le llenó la mirada de alegría nuevamente, pensó que no lo había visto la primera vez, pero la anciana volvió a tomar el pan con tal velocidad, que sorprendió a Caleb, quien no pudo reaccionar a tiempo y se lo comió. Sofi, después de ver la cara desencajada de Caleb, quien no daba crédito a la insolencia de ella, se echó a carcajearse.

Caleb, al sospechar de la felicidad de la anciana, se apresuró y volvió a echar un vistazo dentro de la alforja, como tratando de descubrir el truco y esperando algo asombroso, y en efecto, había otro pedazo de pan igual a los dos anteriores. El atravesado se lo llevó de inmediato a la boca.

El bocado sabía a hojuelas endulzadas con miel y al comerlas pudo ver cómo sus fuerzas se renovaban.

- ¿Qué es esto? - preguntó el muchacho.

- Me pregunté lo mismo cuando los probé - dijo ella con su característico buen humor - Nunca supe bien lo que era, por eso lo llamo "Kesto".

Caleb sacó otro Kesto y se lo estaba metiendo a la boca cuando llegó Ulises a recoger la espada que yacía enterrada en el pasto. Caleb se dispuso a ver el intento infructuoso del hombre, pero para su tremenda sorpresa, el mercader la desenterró, la cargó con natural esfuerzo y la llevó a su comercio, donde la colgó en el lugar que le había dispuesto, junto a la demás mercancía. Caleb, con cierto enfado, lanzó una mirada de reproche a Sofia y ésta, solo se encogió de hombros sin tener mas respuesta que la confianza en la providencia.

Después de sobreponerse a la sorpresa, la situación empeoró para el atravesado. El puesto de Ulises, era un puesto ambulante e itinerante, y ya era hora de levantar las "anclas" e irse a otro tianguis, a otro pueblo, para probar suerte con su mercancía.

El puesto en realidad era una especie de casa-movil, o casa-rodante solo que en vez de ruedas tenía un sistema de flotación por propulsión de hélices en la parte inferior. Comúnmente se les conocía como "Mercatronics". Constaba de tres espacios; primero, la cabina, luego le seguía una pequeña sala de estancia y al fondo, el gran almacén, que también funcionaba de escaparate, por que además de amplio, se abría por los costados para exhibir la mercancía. En medio del almacén se levantaba una pared que lo dividía en dos y que funcionaba para mostrar los productos y para formar dos cuartos improvisados e independientes cuando se cerraba el negocio. En uno dormían Ulises.

Caleb, estaba preocupado. No podía permitir que ese hombre se fuera con su espada, así que salió de su escondite y se apresuró.

- No te puedes ir.- Le dijo.

- ¿Porque no? - Respondió Ulises

-Eh, bueno, no puedes dejarme. - Atinó a decir el atravesado, por que no se le ocurrió nada que argumentar - Quiero decir, no tengo dinero ni hogar, ni ocupación; por favor dame trabajo y llévame contigo.

-Imposible - respondió el comerciante con algo de pesar - apenas y ganamos el suficiente dinero para mí y mi ayudante, Rufo. Desde que desaparecieron los niños, prácticamente ya nadie compra, todos están histéricos, no hemos vendido nada desde entonces, y además, no necesitamos trabajadores, podemos valernos por nosotros mismo en todas nuestras labores. Lo lamento pero deberás buscar en otro lado.

-Bueno, solo llévame contigo, por favor sácame de este pueblo y llévame lejos, yo conseguiré mi comida y te ayudare en lo que quieres, de gratis.

Lo prometo, no te voy a estorbar. -

Caleb necesitaba ganar tiempo en lo que se le ocurría como recuperar su arma. El Rey de los reyes le acababa de decir que tenía que enterrar esa espada en las personas, y aunque no entendía muy bien todo al respecto, en el atravesado había un atisbo de responsabilidad, porque sabía que él era el único en aquel mundo que podía empezar con esa tarea y no quería echar a perder todo tan pronto.

Está bien, pero solo puedo ofrecerte el asiento del copiloto en la cabina de manejo para que duermas. Ahí se quedaba nuestro amigo Aguijón, pero él se ha marchado. Nos dijo que se tenía que ir a una guerra, una batalla en la que solo los de su propia raza podían participar, no nos dijo nada más, y después se fue. Amigo, acepto tu oferta, podrás irte cuando quieras, pero mientras uses mi vehículo como transporte, serás mi empleado. Por cierto, me llamo Ulises.

El comerciante estiró su mano derecha para estrechársela al atravesado, como símbolo de que aceptaba el trato y como gesto de amistad, Caleb intentó hacer lo mismo por que aún no se acostumbraba a no tener mano, y cuando estiró el brazo, cayo en cuenta de su condición, entonces retiró su brazo, y lo intentó ocultar tímidamente tras de sí.

El Mercader, apenado, queriendo salir de la situación bochornosa lo antes posible, mandó a llamar a su ayudante Rufo, para anunciarle la noticia, que a partir de ese momento, Caleb iría con ellos.

Rufo era de raza bestial, algo parecido a un gran humano de dos metros y medio, con muchísima fuerza, completamente repleto de pies a cabeza de un largo pelaje de color azul. Ojos de bestia y colmillos de bestia, pero a pesar de su temible apariencia, era muy cariñoso y amable. Ulises y él tenían una gran amistad. Desde pequeña, la bestia trabajaba con el comerciante, porque éste le había dado trabajo. Por lo grande que era Rufo y por su fuerza, era muy útil para cargar objetos pesados y para trabajos que requerían mucha potencia. Además, por ser de la raza bestial, era muy hábil para advertir los peligros de las tierras salvajes e inhóspitas, por donde acostumbraban viajar los viajeros. Ulises tendría que reconocer que gracias a la fuerza ya a la habilidad de Rufo, sus vidas se salvaron en más de una ocasión.

Rufo Salió del Merca Truck. Obviamente se tuvo que agachar para no pegarse con el techo al salir, pues a todas luces se veía que él era un poco grande para ese camión, pero no mucho. Sin duda su movilidad estaba un tanto reducida dentro del Merca truck, pero no por completo. Era cómo cuando una persona muy alta tiene que entrar en un coche compacto.

La bestia se quedó mirando con mirada muy amable al atravesado, y

después se acercó al oído de Ulises.

-Pero Ulises, no hay lugar- le dijo la bestia en un susurro.

-Usará el lugar donde dormía Agujón- Repuso Ulises, volteándole a ver, con un tono bajo, pero no tan bajo como un susurro - Se ve que tiene necesidad, como tú la tuviste en algún momento.

Ulises tenía un buen corazón, y siempre había querido volver a hacer algún favor como el que en su momento le había hecho a Rufo, el de recogerlo para darle trabajo. La oportunidad ya se había presentado en algunas ocasiones en el pasado, con algunos desvalidos que se cruzaban en el camino, y si bien, por falta de espacio, no les podía ofrecer un techo, sí podía bendecirlos de alguna otra manera, pero por alguna razón, que Ulises no recordaba, pero que tenía que ver con Agujón, no había ayudado a nadie. Esta vez, no desperdiciaría la oportunidad.

Rufo tuvo que acatar la instrucción de su jefe y así, con todo y la inconformidad que la bestia tenía pero que no mostró, los tres salieron de aquel poblado, dejando atrás las casas, a la gente, y en especial, Caleb, a Sofia.

Ulises era quien siempre había conducía el transporte y a la mañana siguiente, después de haber manejado toda la noche, orilló el Merca-Truck para detenerse a descansar. El atravesado ya se había despertado media hora atrás.

-Caleb,- dijo Ulises - me vendría muy bien que me ayudaras a manejar. Agujón nunca quizo, y Rufo es muy grande para la cabina. Siempre he querido tener a alguien que me releve en esta tarea, así podríamos llegar más lejos, aprovechar más mercados y ganar más dinero. Y ahora que estas tú con nosotros, podrías hacerlo, podrías ayudarnos a manejar el Merca-Truk, aunque te será imposible hacerlo con una sola mano.

Después de decir eso, Ulises se levantó y fue a buscar entre los miles de tiliches que guardaba en el "escaparate-alamacen". Caleb escuchó el ruido de varias cosas moviéndose, y después de unos minutos, Ulises regresó con una mano biónica.

Creo que esto está hecho a tu medida. Solo tengo la derecha, justo la que te falta a ti, que buena suerte ¿no?. Es vieja pero en mi opinión, es el mejor modelo que se ha fabricado, nunca han podido igualar su calidad, por eso se la compre a un calderero, a ademas ya conoces el dicho, que siempre trae buena fortuna ayudar a un calderero. Te la regalo, ¿te parece? yo mismo te la puedo instalar.

Caleb aceptó el regalo con mucho gusto.

Ulises era muy hábil construyendo y reparando tecnología y sabía como unir los tendones y los nervios de Caleb con las conexiones de la mano robótica, la cual, estaba diseñada así, para unirse y funcionar en una persona como si fuera una mano de carne y hueso, porque estaba programada para recibir e interpretar los impulsos eléctricos de los nervios. Ulises sacó un maletín con instrumentos quirúrgicos y meticulosamente, los esterilizó. El mercader hizo una pequeña cirugía al atravesado para ponerle la prótesis. La nueva mano le vino a la perfección y pronto Caleb la manejó como si fuera la que antes tenía. Recibía las instrucciones de su cerebro con toda naturalidad.

- Es una lástima que no tenga un ojo biónico, - añadió Ulises - pero tal vez podamos encontrar uno en los mercados de los pueblos y tal vez te pueda extender un crédito para que lo compres y después me lo pagues, me has caído bien y de mientras, también te regalo este, se ve que te hace falta.

Ulises le aventó un pocho. La capucha era amplia, y por debajo de las axilas se podía conectar la parte delantera con la trasera, por medio de una correa con broche. Era cierto, a Caleb también le venía muy bien ese regalo, porque solo tenía el overol de los empleados del gobierno. Ese pocho era fresco en el día pero muy cálido en la noche.

Capítulo 5

BESTIAS **Capítulo 4**

Al día siguiente, Caleb tomó el volante y manejó todo el día. El atravesado se apartaba para comer Kestos a solas, y así no incomodar a Ulises y a Rufo, pues el trato era que no les pediría comida.

Finalmente llegaron a un poblado. Llevaron el vehículo al mercado local y ofrecieron ahí sus productos.

En ese pueblo, como en cualquier otro a lo largo del mundo, las espadas y cosas similares eran objetos muy valiosos y muy codiciados, por que esas armas no necesitaban ningún tipo de autorización de parte del gobierno, y por consiguiente, eran las armas que todos usaban. Solo los nacidos en una de las diez grandes ciudades, podían tener permiso de disparar armas de energía. Por esa razón, Ulises aceptó la Majaira de Caleb, porque pensó que podría hacer un buen negocio con ella en los mercados en los que comerciaba.

La bella y extraña espada del atravesado captó de inmediato la atención de algunos, pero ahora la gente no reaccionaba cómo cuando veían a Aod paseándose con ella por los poblados, antes del arrebato. Cuando el hermano de Caleb, Aod, se paseaba por el mundo con esa espada, la gente le huía o lo encaraba, por que en aquel entonces, esa gente estaba manipulada por los demonios, y la influencia demoniaca hacía que los hombres y las bestias se alertaran, pero ahora no había demonios, pues se habían ido de la tierra para pelear la guerra contra el Rey Kuirios, mas allá del mar de cristal, y por eso a la gente le llamaba mucho la atención aquella espada.

Llegó un hombre preguntando por el arma, era grande, robusto y musculoso, a tono con el tamaño del arma que pretendía. Pidió observarla. Ulises intentó tomarla para mostrársela al cliente, pero sucedió que el mercader no pudo moverla. Le resultaba tan pesada, que llegó a pensar que estaba pegada al anaquel en el que se mostraba. Entonces Ulises pidió ayuda a Caleb. El muchacho se alegró de que su espada recobrarla la propiedad de volverse inamovible para los que no son atravesados. Caleb fue hasta donde se encontraba la Majaira, la tomó, y fingió que tampoco podía moverla, porque en realidad no quería que nadie se la llevara, ni que lo descubrieran cuando al poner la Majaira en la manos del gran hombre, éste no pudiera cargarla.

Finalmente Ulises llamo a Rufo, estaba seguro que la gran bestia podría destrabarla, pues el mercader seguía creyendo que estaba atorada o algo por el estilo. Rufo precisamente se encargaba de esas tareas en el negocio, las que tenían que ver con la fuerza bruta, pero para sorpresa del comerciante, la gran bestia de pelaje azul, tampoco pudo ni siquiera moverla. Rufo intentó e intentó con todas sus fuerzas bestiales, pero no consiguió despegarla del anaquel, entonces, abrumado, dió unos pasos a tras y se quedó en 'shock', había reconocido que tipo de arma era aquella, una espada del Rey.

Ulises le lanzó al muchacho una mirada de reproche que demandaba algún tipo de explicación, a lo que Caleb contestó encogiéndose de hombros, aparentando no saber lo que pasaba.

El cliente hacía rabietas exigiendo que le vendieran el arma, pues ahora ya no solo quería mirarla, sino que se había encaprichado, y quería llevársela con sigilo a como diera lugar. Ulises le explicó que no había ninguna mala intención y le invitó a hacer la prueba, y solo al comprobar que era imposible moverla, aceptó retirarse.

Inmediatamente después de que se fuera el cliente desilusionado por no poder comprar el arma que tanto había deseado, Rufo, que estaba notablemente consternado, le pidió a Caleb que saliera del "merca-truk" para hablar a solas con Ulises. A lo cual, el atravesado, accedió.

-¿De donde sacaste esa espada?- Preguntó la bestia notablemente alterada.

-¿Que te pasa Rufo? ¿ Porque te pones así ? - Contestó Ulises.

-¡Solo Responde!- Gruñó Rufo. Algo muy raro en él.

-L-a tra-í-a Ca-leb- dijo Ulises, muy lentamente.

-¿ Y Como la subiste a la repisa? - Siguió interrogando la bestia?

-La cargué - contestó e hizo un ademán de simpleza que expresaba sencillez y al mismo tiempo incertidumbre.

-¿Tú pudiste cargarla? - Preguntó Rufo.

Esa última respuesta de Ulises hizo que Rufo no desconfiara de Caleb, pues pensó, que así como Ulises había podido cargar la espada para subirla al anaquel, de la misma manera misteriosa y atípica, el muchacho había podido transportarla, y que por alguna razón desconocida, ahora habría recobrado las propiedades de peso que distinguían a las espadas

como esas.

Lo cierto es que una Espada del Rey tiene el Espíritu de Kurios, y Éste, en su gran sabiduría, fue quien permitió que Ulises pudiera cargar la Majaira en aquel momento. Para Rufo, Caleb no podría ser un atravesado, le era inconcebible que hubiera un siervo del Gran Rey en el mundo, pues su amigo Aguijón, el guarda de Ulises, le había explicado muy bien el tremendo suceso en el que todos "rebeldes" se habían ido, de modo que Caleb, según la bestia, no podía ser un atravesado.

-Necesitamos llevar esa espada con un agente del Gobierno, ¡ahora!.- Volvió a gruñir Rufo y mientras decía eso, le salía espuma de la boca, por que ya estaba muy alterado.

-Tranquilo amigo. ¿Por qué tendríamos que dársela a el gobierno? - Dijo Ulises.

-Por que esas espadas están prohibidas.- Rufo se enojaba más y más.

-Pero Rufo, amigo, ¿qué importa eso? La mitad de las cosas que vendemos son prohibidas para el gobierno y eso nunca te había preocupado, además, que bueno que me lo dices, por qué podemos venderla más cara.

-Tenemos que llevarla al gobierno y punto. Gritó la bestia on todas sus fuerzas

Ulises se espantó en serio, Rufo nunca le había hablado de esa manera.

Rufo, no tenemos ninguna deuda con el gobierno, de hecho, todo lo contrario. Es mejor que te tranquilices amigo, y aceptes que esa espada no se va ningún lado, porque esa es mi última palabra al respecto. - Ulises tuvo que hacer acopio de toda su firmeza para decir eso, por que en realidad si sentía un poco de temor.

La bestia no pudo contenerse más y por primera vez en toda su relación, Rufo atacó al que era su amigo. Le lanzó un garrazo. Ulises alcanzó a voltearse, de modo que las garras de la bestia le rasgaron el omóplato, pero el golpe hizo que el mercader se estampara contra unos anaqueles y que cayera junto con ellos. Ulises nunca se esperó una reacción tan agresiva del que, durante tantos años, había sido su compañero. Caleb, quien se había salido del Merca-Truck, había vuelto a entrar al escuchar los primeros bufidos de Rufo, y se había quedado muy atento al otro lado de la puerta. El aparatoso ruido del golpe, hizo que Caleb entrara a ver que sucedía.

La bestia, sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre Caleb en cuanto lo vió entrar, pero por la velocidad del atravesado, no lo pudo atrapar. Y

después de escabullirse, Caleb fue corriendo dentro del Merca-Truck, al otro compartimiento, para agarrar del anaquel su espada. Rufo fue tras de él, y le bastó con unas cuantas zancadas para alcanzarlo, pero tiró todos los muebles a su paso, por lo estrecho que le resultaba el camión. El joven llegó al anaquel donde yacía la Majaira, antes de que la bestia le atacara, y cuando finalmente Caleb tuvo al alcance su arma, la intentó agarrar con su mano robótica, porque era la derecha, porque no era zurdo, y porque en ese poco tiempo ya se había acostumbrado a su prótesis, pero no pudo cargar bien la espada, y de manera muy torpe se le cayó al piso. La bestia, entonces se le vino encima al joven, y le lanzó una feroz mordida, pero el atravesado se había dado la vuelta, y subiéndose arriba de una mesa que ahí había, se encogió de piernas y le pateó un ojo a Rufo, el cual, retrocedió doliéndose. El muchacho se paró tan rápido cómo pudo, e intentó agarrar de nuevo su espada con la mano robótica y a penas pudo levantarla unos centímetros, cuando se le volvió a caer. Esa torpeza hizo que Rufo siguiera pensando que Caleb no era un atravesado, porque notó claramente que no podía manejar la Majaira.

En ese momento entró Ulises en el compartimiento donde se llevaba a cabo la riña y Rufo se lanzó hacia él. Por su parte, Caleb, en un momento de lucidez divina, entendió que la mano robótica no le funcionaría para agarrar una espada del Rey y la tomó con su mano menos hábil, la zurda. Entonces la pudo sostener bien, y tan pronto cómo pudo, fue al auxilio del mercader. La bestia le lanzó otro garrazo a Ulises, que lo volvió a mandar al suelo y que lo hirió con cortadas profundas. En ese momento llegó Caleb con su espada y le lanzó un golpe a Rufo con su arma, poco preciso, debido a la inhabilidad de la mano zurda, pero bastó para que la bestia se hiciera a un lado.

Caleb no lo pensó dos veces y en ese mismo momento, atravesó por completo el pecho de Ulises, quien estaba tirado. El mercader no cabía de sorpresa, pues desde su perspectiva, lo acababan de asesinar, Caleb lo había traicionado por segunda ocasión en el mismo día, por que pensaba que la primera treta había sido haberle vendido un arma que de alguna manera no se podía mover. Para Ulises, era como si todos se hubieran vuelto en su contra de manera sorpresiva, solo que la traición de Caleb, era mortal, desde su opinión.

Al sacar la espada de su amigo, y en el mismo movimiento, Caleb se giró con toda su fuerza y velocidad intentando rebanar a Rufo en un segundo ataque; la bestia tuvo que saltar hacia atrás con fuerza para esquivar nuevamente el filo del metal. De inmediato se estampó contra la pared del reducido espacio. La gran expresión de sorpresa en la cara de Rufo demostraba que ya había caído en cuenta de que Caleb sí era un atravesado.

El veloz y la bestia se encontraron frente a frente dentro del MercaTruk. La armadura del atravesado hizo su aparición, recubriéndolo a Caleb de

bajo del pocho. La bestia se agazapó como gato arrinconado y Caleb, con la fuerza de su coraje le mató con su espada.

Las cortinas metálicas que exhibían la mercancía estaban abiertas, y por eso, muchos espectadores pudieron ver cómo Caleb mató con su espada a un hombre y a una bestia, aunque en realidad Ulises no estaba muerto. A Cada instante se juntaba más y más gente asombrada en torno al camión a chismorrear. El atravesado fue a la cabina de mando y cerró las cortinas laterales, se montó al volante, arrancó las hélices y se fue de ahí.

El atravesado iba manejando el Merca-truck con ansiedad, gracias a la adrenalina que su cuerpo acababa de segregarse por el combate con la Bestia. Viajaba sin rumbo ni dirección, porque simplemente había arrancado el vehículo para huir de las miradas de los transeúntes y para salir de aquel poblado, hacia cualquier parte. AL cabo de un rato, Caleb se tranquilizó un poco, y cayó en cuenta de que viajaba sin rumbo. Volteó hacia el GPS que estaba en la pantalla del tablero del vehículo, y el atravesado pudo ver que estaba cerca de un gran lago, entonces pensó que sería buena idea deshacerse del cuerpo de Rufo ahí. El atravesado acercó lo mas posible el vehículo al lago, bajó a Rufo y haciendo un esfuerzo sobrehumano, metió el cadáver al agua. Él mismo se metió también al agua hasta que ésta le llegaba al pecho y dejó que la pequeña corriente producida por el viento se llevara flotando el cuerpo peludo y azul. Caleb regresó a la orilla y se puso a contemplar unos instantes cómo el cuerpo de la bestia se iba alejando tranquila y pasivamente. En ese momento, el agua le comenzó a hablar:

Al principio de los tiempos, poco después de que los demonios esclavizaran a los humanos; los ángeles caídos obligaron a las mujeres a casarse con ellos a la fuerza. Así nacieron los primeros seres de la raza bestial, de la unión de un ángel y de una hija de Gomer.

Al correr del tiempo, las bestias y los humanos se mezclaron, tanto, que ya casi no quedaban ni hombres ni mujeres de raza humana pura. Esa época oscura, en donde prácticamente se había extinguido el linaje de Gomer, se llamó la época de la Bestia, y en esa época comenzó una casería contra los pocos humanos puros que subsistían. Fue tan grande y feroz la casería que solo subsistieron ocho humanos: Teba, su mujer, sus tres hijos y sus nueras.

Éste hombre, Teba, junto con su esposa, tuvo que huir de su hogar y esconderse. Las bestias querían matarlos, tan solo por ser humanos, y por ser el vestigio de dos reinos que odiaban: el de Gomer y por consiguiente, el de Kurios.

Un día, mientras Teba huía sin ningún rumbo en particular, él, junto con su esposa, llegaron a un gran valle, el cual estaba en medio de una cordillera compuesta de varios volcanes. En el centro de ese gran valle, se

encontraron con el Rey KURIOS. El Rey llevaba una gran espada y parecía que acaba de hacer un gran esfuerzo. Cerca de Él, en el suelo, había un grandes círculo de tierra removida, como de uno o dos kilometros de radio. la tierra removida dentro de ese circulo parecía estar vibrando, como si fuera la tapa de una hoya que contiene agua en ebullición. Pero no sólo había un circulo, sino que los había a lo largo de todo el valle, esos círculos estaban alineados en una hilera recta, a lo largo de unos diecisiete kilómetros.

-Teba - El Rey habló primero - solo tú y tu familia quedan de entre los hijos de Gómer. Las bestias casi acaban con tu raza, pero yo voy a solucionar la situación, sin embargo, tu debes tomar mi espada para que puedas sobrevivir.

El hombre estiró sus manos y tomo la espada que le entregaba el Rey. Aunque era muy grande, no pesaba.

- Solo debes prometerme una cosa - continuó Kurios - que cuando yo te la pida, me la regreses. ¿Me lo prometes?

Teba aceptó el trato, y se marchó junto con su esposa y con la espada de Kurio por el camino que El Gran Rey les había indicado, el que subía por los volcanes, y Kurios, se quedó solo, en medio del Valle que formaban los volcanes.

Una vez que Teba y su mujer ya estaban lejos, caminando por las tierras altas de los volcanes, escucharon una explosión, que hizo retumbar el suelo por el que andaban. Primero pensaron que alguno de los volcanes había hecho erupción, pero ese no había sido el motivo del estruendo, entonces voltearon hacía el valle. Los grandes círculos en el suelo de tierra removida, que estaban a lo largo del el valle, estallaron, y de ellos salieron grandes columnas de agua que se elevaron con una fuerza colosal. Cómo si un gigantesco géiser hubiera hecho erupción. Las columnas de agua eran tan grandes y tan potentes que llegaban hasta el cielo, y deba la apariencia de que ahora, lo sostenían.

Al cabo de una media hora, cuando el chorro chocó con el cielo, comenzó a caer el agua, provocando que grandes torrentes azotaran sobre toda la tierra y luego de un par de horas, el mundo entero comenzó a inundarse.

Nunca se había visto algo parecido.

Al cabo de cuatro días, el agua cubrió toda la tierra, hasta el monte mas alto, siete metros por encima de su cresta.

La raza Bestial no podía nadar, por que esa raza tenía la sangre muy

densa, como de plomo, y comenzaron a ahogarse todos.

Teba descubrió que, contra toda lógica, la espada del Rey, flotaba y el hombre y su mujer pudieron sobrevivir gracias a que se aferraron de ella.

Los demonios, a diferencia de las bestias y de los humanos, podían caminar sobre el agua, a pesar de lo grandes que eran, y ellos no tuvieron problemas por la inundación mundial, aunque sí les molestaba que sus hijos, las bestias, murieran en el cataclismo.

Al atardecer del cuarto día, los volcanes por los que habían subido Teba y su esposa, que en ese momento estaban bajo el agua, hicieron erupción, y el magma que expulsaron, se derramó por sus colinas, llegando hasta el valle, y esa lava submarina, tapó los hoyos por donde seguía saliendo el agua subterránea. Y aunque el líquido dejó de salir, el mundo quedó cubierto en su totalidad por las aguas.

Los ángeles caídos, creyeron que todos habían muerto, y que solo ellos quedaban sobre la faz de las aguas. No imaginaban que Teba y su familia habían sobrevivido y que detrás de todo ese evento, estaba Kurios, orquestando la historia.

Los demonios entonces hicieron una reunión para tomar decisiones, sobre el futuro de su reino.

Por su parte, Teba y su esposa flotaban aferrados a la espada, cuando de pronto, se apareció el Rey Kurios. Llegó caminando sobre el agua y no porque fuera semejante a los demonios, sino porque él tiene todo el poder. Ciertamente, Teba y su mujer se espantaron al verlo a lo lejos, pero cuando por fin llegó hasta donde flotaba el matrimonio, Kurios le pidió la espada al hombre. Teba no sabía nadar muy bien, pero aún así él se la regresó, y en cuanto el Rey la tuvo, se fue rápidamente a encerrar a los demonios que habían corrompido a la raza humana.

Los ángeles se encontraban deliberando entre ellos, bastante molestos, al no tener nada ni nadie sobre que reinar, pues todo era kilómetros y kilómetro y más kilómetros de agua formando una superficie plana y vacía. Los ángeles caídos estaban quejándose y maldiciendo, cuando llegó el Rey Kurios y se puso, sorpresivamente, en medio de ellos, y sin que los Ángeles pudieran reaccionar, el monarca "enterró" su espada en el agua, e inmediatamente, ésta, se abrió en forma de remolino, hasta llegar al suelo del fondo del mar, en tan solo dos segundos.

En el instante en que Kurios llegó al fondo y puso sus pies sobre el suelo submarino, volvió a enterrar su espada, pero ahora en la tierra, y se abrió un boquete hasta el mismo abismo. Entonces, todo el peso del agua que estaba sobre toda la tierra, imprimió la fuerza con la que el océano se

metió, de un golpe, en el agujero que Kurios acababa de abrir.

Los demonios no pudieron luchar contra la furia y la fuerza con la que el agua fue succionada, y los arrastró al fondo y los metió a todos al abismo.

El Rey de los reyes se libro fácilmente de esa corriente marina que le era contraria, por que podía romperla con tan solo poner su Majaira delante de sí, abriéndose de esa forma el paso para escapar.

Apolión logró percatarse de la estrategia de Kurios, y para salvarse, se fue atrás del Rey, porque atrás de él, la fuerza del agua no era tan irresistible. La serpiente emplumada siguió a Kurios lo suficientemente lejos para no ser descubierta pero lo suficientemente cerca para aprovechar el poder de la Espada con la que Kurios se abría paso, de modo que así pudo escapar Apolión de las fuerzas del mar que lo succionaban.

Pero los demás demonios no escaparon, ni uno solo, sino que entraron a las profundidades de la tierra, al abismo; y una vez que los prisioneros estaban en su calabozo, El gran Rey Kurios puso su voz en el agua, para que los ángeles encarcelados se confundieran al intentar encontrar la salida, en las bóvedas de sus cavernas, y nunca pudieran salir.

Desde entonces, el agua tiene la voz que cuenta la historia de todas las cosas a los atravesados.

Teba y su esposa estaban por morir ahogados, pero cuando el rey Kurios abrió el suelo y el agua se fue por ese hoyo a los abismos, junto con los ángeles caídos, el nivel de los océanos bajó tanto que la tierra se descubrió de nuevo, y el hombre con su mujer pudieron poner a tiempo su pie en la tierra

Los hijos de Teba también sobrevivieron a diluvio por que el Kuris también los ayudo. Toda esa familia fue bendecida por el Rey de los Reyes con cientos de años de vida, y en esos años tuvieron muchos hijos e hijas y éstos, repoblaron el mundo de más humanos, pues el gran Rey aún pensaba cumplir con su deseo de sacrificarse por sus hermanos.

Por otra parte, los cadáveres de todos los seres de la raza bestial quedaron tendidos al rededor de el mundo cuando el nivel del agua bajó y la tierra seca emergió, pero, al pasar del tiempo, esos cuerpos recobraron poder y vida, gracias al proceso de la muerte, y se convirtieron en demonios y obtuvieron mas fuerza que cuando eran simples bestias. La parte humana en ellos moría, pero la parte angelical no, y ésto los hacia más poderosos que antes, pues ya no les estorbaba la naturaleza animal. De esta manera es que las bestias se convirtieron en demonios.

Esos nuevos seres, pronto descubrieron qué heredaron de sus padres caídos, la autoridad de gobernar sobre los hijos de Gomer, aunque no podían engendrarles hijos.

Los demonios no podían recordar su vida en el estado bestia, era como si se les hubiera borrado la memoria por completo, por eso, las bestias no saben que cuando mueren, después de muchos días se vuelven demonios y los demonios no saben que antes eran bestias.

Pero una nueva raza bestial nació. Apolión, inconforme con el desenlace, volvió a tener hijos con algunas mujeres, y de esta nueva unión nacieron treinta reptilianos. Éstos ya no se mezclaron con los humanos, por que les daban asco, sino que se mezclaron con animales, y de esa mezcla, salió la nueva raza bestial.

Esa nueva generación de bestias, que también repobló el mundo, no puede tener hijos, pero, como todos los de raza bestial, cuando mueren, después de muchos, muchos días, se vuelven demonios.

Capítulo 6

ATRAVEZADOS

CAPÍTULO 5

Caleb decidió pasar la noche junto al lago. Prendió una fogata, tomó café, y aunque había algo de carne seca en las provisiones del Merca-Truck, prefirió comer los Kestos que le daba su alforja.

Después de un rato, se fue a dormir.

A la mañana siguiente, una mano le despertó agitándole. Era Ulises. El mercader se había levantado temprano, o mejor dicho, había salido de la Historia de todas las cosas temprano, al amanecer, pues mientras dormía, el comerciante había escuchado la voz en el agua, que provenía del lago, y como a todos les pasa, supuso que había sido un sueño, pero a pesar de eso le dió mucha importancia, y muy emocionado quiso contarle lo antes posible a su amigo, por eso fue a despertarlo.

En el supuesto sueño, Ulises había conocido al Rey Kurios, y también había encontrado la explicación al ataque de Caleb, del día anterior, y la razón de por qué aún seguía con vida, a pesar de que una espada le atravesara. Caleb, por su parte le explicó todo cuánto sabía del asunto, y le dijo que lo que había visto no había sido un sueño sino que había escuchado la voz del Agua. También le contó de la encomienda que había recibido de parte del Rey de reyes a las afueras de la ciudad de las puertas de perlas, en dónde el mismo Kurios le había hablado.

- Me pidió que atravesara a todos los humanos mientras los demonios peleaban contra los ángeles, en las tierras lejanas, mas allá del mar de Cristal - Le dijo Caleb a Ulises.

- ¡Claro! Por ese Agujón se fue. Condenado diablo. Oye per que curioso - Respondió el mercader con emoción - A mí me pidió lo mismo nuestro Rey, atravesar humanos. Podemos hacerlo juntos. ¿Que te parece?

A Caleb le pareció estupenda la idea, y desde ese momento los dos atravesados, formaron equipo.

Un par de días después, pasando por un pueblo, Caleb atravesó a un herrero. Y luego de que éste entendiera y conociera lo suficiente de la historia de todas las cosas, hicieron unas cuantas espadas en la herrería. Caleb sabía bastante de temas de atravesados, por el trabajo que antes desempeñaba, y este conocimiento les sirvió para que fabricaran Majairas. Sabía que lo único que se necesitaba era inspirarse en su propia espada, para que las réplicas fueran investidas del Espíritu del Rey de Reyes, y se

volvieron Majairas.

Por su parte, el mercader, sacó de entre su mercancía, un tahalí magnético para que pudiera portar su Majaira, y le fabricó uno igual a su amigo. Esos tahalís consistían en una correa de cuero, con una hebilla y con una placa metálica. La espada se mantenía pegada a esa placa con magnetismo. Cuando alguna mano tomaba la espada, se rompía el efecto del magnetismo que mantenía unidos ambos metales, permitiendo así que el espadachín pudiera desprender el arma y usarla.

Ulises adquirió inmediatamente la velocidad de los veloces y desde que tuvo su propia espada, los dos amigos pasaban muchas horas practicando esgrima y técnicas de combate, acostumbrándose a los rápidos y fuertes movimientos, propios de los veloces, y en el caso de Caleb, acostumbrándose a usar la mano izquierda para agarrar su espada. El mercader, con su habilidad tecnológica, modificó su MercaTruck, para convertirlo en un vehículo de asalto. Le instaló cañones y unas ametralladoras de una robopatrulla a la que Caleb había enfrentado y destruido, en sus variados y emocionantes viajes.

El mercader también añadió algunas protecciones a la carrocería y un campo de fuerza. A Ulises le encantaban todas esas manualidades tecnológicas y era tan bueno en eso, que logró hacer que su camión fuera inlocalizable para los satélites del gobierno, los cuales, enviaban robopatrullas a detener y aniquilar a cualquiera que lanzara un disparo ilegal de una arma de energía. El gobierno del Semejante, por medio del satélite ubicaba a los rebeldes que disparaban sin permiso y mandaba a las máquinas a acabarlos, pero la tecnología de Ulises había logrado librar ese problema.

Pasados algunos meses y después de atravesar a varias personas, con relativa facilidad, por que no había demonios guardas custodiando, los dos veloces se enfocaron en sabotear las clínicas del gobierno, donde aplicaban las inyecciones potencializadoras. Caleb sabía que esas personas tenían que ser rescatadas, pues si se ponían la inyección, sería demasiado tarde, y jamás podrían pertenecer al reino de Kurios.

La estrategia del dúo de atravesados consistía en irrumpir sorpresivamente en la clínica, con todo y el camión, destruir con los láser del Merca-Truck a algunas robopatrullas y a algunos centinelas, y luego, los atravesados se bajaban de su vehículo y atacaban con sus espadas. El objetivo principal era atravesar a todos los humanos que querían potencializarse y la tarea no era tan complicada como antes, porque no había demonios a los cuales combatir ni sorprender, ni de los cuales preocuparse, y ni las raobopatrullas y ni los de raza bestial eran problema para un par de veloces.

Nuestros amigos atravesaron a muchos de esta manera y con algo de rapidez se propagaron las personas atravesadas en el mundo, por qué ellos, a su vez, atravesaban a más humanos.

Sin la actividad demoniaca, el camino era mucho más sencillo.

Cuando el Semejante se enteró de lo que pasaba, se enojó en demasía, y se puso más furioso que lo que sus fuerzas podían mitigar. Ni en todos sus años, ni en todos sus planes, imaginó que quedaría un atravesado en el mundo que continuara con la causa de Kurios, ni mucho menos imaginó cuan rápidamente crecería el número de rebeldes nuevamente. Nunca pensaron que la ausencia de los demonios facilitaría la reproducción de atravesados de tal manera. Ni tampoco contaban con que la mayoría de los atravesados se volvieran veloces en tan poco tiempo, ni que los campos de fuerza de las atravesadas fueran tan efectivos para protegerse y para ocultarse.

La razón por la que los atravesados alcanzaban tan pronto la velocidad de los veloces se debía a que estaban transcurriendo los últimos tiempos, y por ser los últimos tiempos, la actividad sobre natural de los veloces se presentaba más pronto y más fuerte.

El gobernador, en una respuesta somera, intensificó la recopilación de todas las Majairas, y ordenó la captura de sus portadores. Ofreció recompensas millonarias a quienes cooperarán, y castigos atroces a quienes no lo hicieran.

También, como era de esperarse, desplegó grandísimos operativos de seguridad, muy violentos, que consistían en mandar robopatrullas y aniquilar a todos los que estuvieran en una clínica, si es que a ésta llegaba un rebelde, y no importaba si alguien aún no recibía la inyección, no preguntaban, las robopatrullas abrían fuego contra todos.

Esos equipos antimotines también estaban conformados por elementos de la raza bestial, armados con todo tipo de armas. Pero a pesar de que estas tropas del estado llegaban en solo unos minutos después de recibir la alerta, con el objetivo de matar a todos los humano, muchos sobrevivían por diversas razones; por ejemplo, algunos sobrevivían porque eran revestidos de sus armaduras en esos momentos y no les dañaban las balaceras, otros sobrevivían porque cobraban la velocidad de los veloces y escapaban. Pues, como ya dijimos y seguiremos diciendo, por ser los últimos tiempos, la actividad sobre natural de los veloces se presentaba más pronto y más fuerte.

Capítulo 7

KALAH

CAPÍTULO 6

Hubo un día en que Caleb y Ulises llegaron a la Ciudad de Mir-Má y asaltaron una clínica, como acostumbraban.

Todos ahí estaban atendiendo una noticia muy importante sobre la muerte de unos veloces muy poderosos. Caleb y Ulises aprovecharon la distracción que produjo la noticia para irrumpir en la clínica y atravesar a los humanos. Pero ese día pasó algo raro. Caleb intentó atravesar a una joven y no pudo. La espada tomó la densidad de la espuma, tan característica de las Majairas al golpear a un humano cuando no le va a atravesar. La mujer se cayó al suelo por el empujón, y se golpeó al caer. Caleb, consternado, intentó ayudarla cuando vió que la muchacha se dolía por la caída. Él no quería lastimarla y nunca pensó que su espada nada más la empujaría.

En ese momento llegaron las cuadrillas antimotines del gobierno. Esta vez habían enviado a muchos elementos y a muchas robopatrullas. Caleb calculó que eran al rededor de cien máquinas, doscientos soldados de la raza bestial, como siete gigantes y veinte naves.

El muchacho pudo destrozar algunas robopatrullas y matar a algunos soldados, pero la chica estaba tirada e indefensa, y en cualquier momento la matarían, porque esas máquinas no se detendrían a averiguar si ella había sido atravesada o no.

Caleb tomó a la joven de la mano y la jalo para que escaparan. La confrontación se desarrolló de tal manera que el atravesado y la chica no podían llegar hasta donde estaba Ulises con el MercaTruck, por que las cuadrillas del gobierno se interponían. Para ese tipo de casos, los dos amigos tenían un simple plan: cuando no podían reunirse para escapar juntos, sencillamente rompían filas y cada quien se escabullía por su lado.

Ulises se subió al MercaTruck y huyó, llevándose tras de sí a una gran flota de robopatrullas y de naves piloteadas por bestias, que deseaban atraparlo.

Por su parte, Caleb y la mujer se escabulleron metiéndose al cubo de escaleras del edificio, y comenzaron a subir. Las robopatrullas también se metieron al mismo cubo y disparaban desde abajo, pero además, llegaron desde arriba otras robopatrullas, que entraron desde al azotea y qué

bajaban como arañas por las mismas escaleras, y les comenzaron a disparar. Los muchachos entraron en una puerta que estaba en el descanso, entre los pisos, y se metieron a unos baños, como suelen haber en algunos edificios, que los sanitarios están en los cubos de las escaleras entre los pisos.

Las robopatrullas arrinconaron a los fugitivos porque de inmediato llegaron a la entrada de los baños y comenzaron a disparar. Caleb desplegó su escudo para protegerse, y todas las balas se estampaban ahí, manteniendo a salvo a los dos humanos, aunque no por mucho tiempo.

A espaldas de los jóvenes había una ventana por donde podían escapar, solo que a la muchacha le daba miedo saltar desde un tercer piso. Caleb le insistía, argumentando que era su única opción para salvarse, pero ella se rehusaba. El atravesado seguía manteniendo la guardia, haciéndole frente con su escudo a la balacera de las robopatrullas, pero tenía que voltear de vez en cuando, para insistirle a la chica que saltara y para ver si lo hacía. Fue gracias a esos movimientos que Caleb descubrió algo. Su escudo se desprendía de su antebrazo biónico, y se quedaba fijo, en el lugar donde se había desplegado inicialmente. Sorprendido de esto, el veloz dio unos pasos hacia tras, y comprobó que en efecto, su escudo seguía en pie, frente a él. Caleb aprovechó esto y fue hasta la ventana, sujetó a su amiga y sin pedirle permiso, se aventó junto con ella a la calle. El escudo, que seguía ahí, fijo, delante de las robopatrullas, hacía que éstas siguieran disparando, pues no sabían que se podía desmontar y que su dueño lo había dejado ahí, escapando con la muchacha.

La armadura del atravesado protegió a Caleb del golpe de la caída y él, a su vez, cubrió a la chica. En cuanto se pusieron en pie salieron corriendo para alejarse lo más rápido y lo más posible de ese lugar.

Una vez que ya estaban a salvo, y sin agentes del gobierno que les persiguieran, se dejaron caer a descansar, a espaldas de una construcción.

- ¿Como te llamas? - Preguntó finalmente Caleb.

- Kalah.

Caleb le ofreció unos cuantos Kestos, que la muchacha aceptó con prisa, pues tenía mucha hambre. El atravesado no se separaba de su alforja, le recordaba a su hermano y siempre la llevaba consigo, pero se la amarraba con una correa a la cintura, y la bolsa le quedaba como si fuera una cangurera. El veloz había descubierto el secreto que escondía la alforja, y sabía que para que diera Kestos, tenía que estar vacía, así que simplemente sacaba todo lo que guardaba en ella y un instante después la abría para sacar el alimento, y luego de quedar saciado, volvía a guardar sus cosas adentro, que simplemente eran algunos papeles, algunas

piedras que le llamaron la atención, uno que otro alambre, hilo, alguna estampa o alguna corcholata. Lo que un atravesado común y corriente llevaría con sigilo.

Mientras comían, el atravesado se paró, e hizo que apareciera su armadura, pero solo la parte que recubría su hombro, su bíceps y su codo, dejando su mano biónica descubierta, como sucedía cada vez que la armadura aparecía para protegerlo. La armadura nunca cubría la mano mecánica del joven, pero a pesar de ello, el escudo sí aparecía ahí, como en cualquier otro atravesado. Entonces Caleb hizo desplegar su escudo, para comprobar que no se hubiera quedado para siempre en la puerta del baño, donde lo había dejado al escapar de las robopatrullas; y para gusto del muchacho, el escudo volvió a aparecer con toda normalidad en su antebrazo derecho, como siempre sucedía. Esto provocó una sonrisa pícaro en el rostro de Caleb. Entonces quiso seguir haciendo pruebas, y dejó "enterrado" el escudo que tenía, se alejó algunos pasos, e hizo desplegar nuevamente su escudo, y sí, apareció otro en su brazo, de modo que ahora habían dos escudos, uno parado en el suelo, y otro en su antebrazo. Repitió el proceso dos veces más y obtuvo los mismos resultados, de modo que había conseguido aparecer tres escudos incrustados en el suelo y otro en su brazo. "Genial", pensó Caleb.

Al final de sus pruebas hizo desaparecer su armadura junto con el escudo, y los otros tres escudos también desaparecieron.

La chica no le daba mucha importancia a las cosas que hacía Caleb y él tampoco se molestaba en explicarle, entonces, el joven se volvió a sentar lado de ella, y luego de compartir unos cuantos bocados más con Kalah, Caleb se despidió, porque tenía que irse a reunir de nuevo con su amigo Ulises, pues cuando los dos atravesados llegaban a un poblado nuevo, antes de adentrarse y atacar las clínicas, pactaban un punto de reunión a las afueras del pueblo para reencontrarse, si por alguna razón tenían que huir por separado, tal y como había sucedido.

Caleb se paró después de despedirse y empezó a caminar, pero al cabo de recorrer algunas cuantas cuerdas, el atravesado notó que Kalah le seguía, entonces él se volteó para preguntarle que quería.

- No tengo que comer, - respondió Kalah - y tú tienes esa alforja mágica que da comida, no es justo que la tengas solo para ti. Llévame contigo y dame de comer. Sabes que el gobierno a encarecido toda la comida y no es fácil conseguir alimento. Por eso me iba inyectar la sustancia, para recibir el dinero que ofrecen por aplicársela, y además, para tener menos hambre una vez que estuviera potencializada y para que con los superpoderes pudiera conseguir más fácilmente mi comida. Pero tú lo has arruinado todo, así que ahora aliméntame tú, es lo justo.

- Esta bien - respondió él - podrás venir conmigo y te daré de esta comida con una condición

- ¿Cual?

- Que te voltees.

La chica no entendió porque le pedía eso pero le pareció muy buen trato, algo muy fácil, así que Kalah le dio la espalda. Entonces Caleb empuñó su espada y la lanzó contra la espalda de la mujer, esperando atravesarla, pero nuevamente la empujó, y con tanta fuerza que la chica fue a dar de bruces al suelo.

- ¡Oye! ¿Te diviertes tirándome al suelo?- dijo Kalah muy molesta.- Pues espero que te dure el gusto porque no permitiré que lo hagas de nuevo. Estoy segura que tu crees en esas ridículas historias de espadas que atraviesan a las personas y en ese Rey fantasma que sale del agua ¿verdad? Pues ya ves que son puros cuentos. Pero ahora tienes que cumplir con tu palabra, y me debes llevar contigo y darme de comer.

El atravesado estaba muy desconcertado al ver que su espada no pudo atravesar a la joven por segunda vez. Caleb sabía que no era un problema demoniaco, pues todos Los ángeles estaban en guerra en esos momentos. Al muchacho no le quedó más que resignarse, cumplir su promesa y llevarla consigo. Además pensó que tal vez Ulises sí podría atravesarla.

Caleb les condujo al lugar donde se suponía que se reencontraría con el mercader. Esperaron al Ulises debajo de un gran mesquite. El árbol estaba a medio kilómetro del camino que llegaba a la ciudad. El Merca-Truck, nunca llegó.

Por su parte, Kalah estaba fascinada con la alforja de Navi, y de su capacidad de aparecer panes que, además, le encantaban.

El atravesado estaba consternado, Ulises nunca había tardado tanto en acudir al punto de reunión y Caleb empezaba a tener un mal presentimiento. Finalmente, la noche cayó y el atravesado decidió ir a buscar algún lugar dónde alojarse, así que regresaron a la pequeña ciudad de Mir·Má, esa misma tarde, y mientras caminaban por los callejones de una de las tres colonias que había, una jovencita se le plantó enfrente de Caleb.

-iTú eres el veloz que nos atravesó!- dijo con una gran emoción, que intentó disimular y recobrando la compostura, continuó. - Gracias por atravesarnos, es increíble esta nueva vida!

- ¿Si? - respondió el atravesado, encogiéndose de hombros.

No era extraño que, tarde o temprano, el atravesado se encontrara con alguien a quién hubiera atravesado.

- ¡Claro! - dijo la joven con una expresión de obviedad - no hay muchos atravesados con sólo un ojo y una mano mecánica.

- Y tu ¿quien eres? - Preguntó Caleb.

- Mi nombre es JuraXime. Tú y tu amigo asaltaron una clínica en un ciudad al este de aquí, y atravesaron con sus espadas a todos los que estábamos ahí, incluyéndome. Por cierto ¿donde está tu amigo?

JuraXime era una muchacha bonita de unos catorce años, de tez morena, con el pelo largo, negro y lacio, delgada, con unos ojos grandes, oscuros y con una mirada profunda e imponente, y aunque en general era tímida, sabía convertir su temor en un enorme valor.

Caleb le contó a la muchachita lo que había pasado con Ulises, con la Clínica y con Kalah, quien a partir de ese momento, se volvió muy apática. Entonces, la joven invitó a sus nuevos amigos a que se alojaran en un refugio en el que ella y un grupo de atravesados fugitivos, se resguardaban, y Caleb aceptó con agrado la propuesta, pues al fin y al cabo, era justo eso lo que andaban buscando. A Kalah aunque no le agradaba para nada la idea, no tenía otra opción, si es que quería seguir alimentando se de los Kestos. En cierta forma ,el trato que había hecho con el atravesado, la obligaba a seguirlo.

De camino a la guarida, JuraXime le explicó cómo es que ahora, ella y sus amigos se encontraba en esa ciudad y en esa situación.

- Mientras ustedes saboteaban los planes del gobierno, en la clínica en donde mi familia y yo estábamos - dijo JuraXime - y atravesaban a las personas, llegaron las robopatruillas y comenzaron a disparar a todo mundo. Mis padres se fueron en un resplandor esa misma tarde, por que unas balas los alcanzaron. Yo logré escapar, simplemente corriendo. Me moví con la velocidad de los veloces y eso me ayudó. Una vez que me ví sola y sin ningún lugar a donde ir, decidí seguir el consejo que nos diste cuando nos atravesaste, el de encontrar una espada del Rey y el de escuchar al Agua, y aunque ya he conocido al Rey de Reyes dentro de La Historia De Todas Las Cosas, aún no he podido encontrar una espada como la tuya. La he buscado, no sabes cuánto, pues cada vez que oigo una conversación o descubro alguna pista sobre el paradero de una Majaira, sin importar lo lejos, he ido a buscar, pero cada vez que llego a un lugar en donde se supone que estaría una espada del Rey, el gobierno se me ha adelantado para llevársela. Así fue que me he encontrado con Ikejú y Sayajob, dos amigos que se unieron a la búsqueda. Vinimos a esta

ciudad por que pensamos que aquí podíamos encontrar una espada. Nos habíamos enterado que en este poblado vivía una mujer llamada Ruth y que en su casa había una espada como la que buscábamos. Ruth vivía en el muro de la ciudad, y logramos dar con su casa, pero cuando llegamos, la policía ya había revisado el lugar y seguramente confiscó la espada. Pero de todos modos, decidimos quedarnos ahí, en lo que resolvíamos qué hacer, solo que yo salí a buscar algo de comida, pero no encontré nada.

- Bueno, nos encontraste a nosotros - Dijo Caleb con alegría- y yo puedo alimentarlos a todos. En esta alforja - Caleb le enseñó el bolso de cuero - tengo comida para todos. Y con respecto a la espada, no te preocupes, con la mía podremos hacer mas.

- ¡Fantastico!- celebró la muchacha, y luego de su expresión de júbilo, volvió a guardar la compostura, un poco apenada.

Al fin llegaron a la que había sido la casa de Ruth, en el muro de la ciudad. Ese muro en tiempos pasados sirvió como protección, pero ahora solo quedaba una cuarta parte de lo que en un principio había sido, y en el interior de esa gran construcción, la gente había hecho escaleras, pasillos y departamentos.

El departamento en el que había vivido Ruth era un lugar pequeño y tenía un tapanco. Estaba todo desordenado, en especial había mucha tela regada por todos lados, porque Ruth había decidido dejar su antigua profesión y comenzaba a dedicarse a asuntos textiles. Era evidente que la policía había estado ahí, registrando todo en busca de alguna Majaira.

Ikejú y Sayajob eran un par de jóvenes un poco más grandes que la muchacha. Ellos estaban esperándola en la casa de Ruth. También se emocionaron cuando vieron llegar al mítico veloz Caleb con todo y su espada, a pesar de que ellos habían sido atravesados por otros rebeldes y no por él. Los tres disfrutaron empuñando por primera vez una Majaira y descubriendo la ligereza y el poder de una espada del Rey. Rebanan cachitos de muebles, como cuchillo caliente en mantequilla.

JuraXime, encontró que le costaba más trabajo maniobrar la espada, y aunque no se acostumbraba que las mujeres manejaran esas armas, ella no se conformaba con eso. Entonces Caleb le prometió que también a ella le haría una una Majaira.

La sorpresa de la llegada del atravesado y las pruebas con las Majairas, hizo que a los jóvenes se les olvidara por unos instantes el hambre que tenían. Pero después de eso, Caleb les dió Kestos a todos.

Por su parte Kalah permanecía con la cara de fastidio que pasó desde que JuraXime los encontró por el camino. No le agradaba convivir con personas fanáticas que hablaban solamente de un Rey, que según ella,

solo estaba en su imaginación. Y Cada vez que Caleb la encontraba con esa actitud, se preguntaba por qué no había podido atravesarla en las dos ocasiones que lo intentó, pero por mas que lo meditaba, no encontraba respuesta.

Al cabo de un rato de camaradería Ikejú le preguntó a Caleb:

- Oye Caleb ¿Tú conoces a los veloces de los portales?

- No - repuso Caleb - He visto algo de ellos en los noticiarios. Nunca me he podido detener a mirar bien las noticias en las screendrones de los comercios públicos. Ulises y yo, siempre andamos huyendo, cuidándonos de no ser vistos y preferíamos no correr el riesgo de averiguar. Sé que son hombres que se están interponiendo al Semejante en sus planes de unir a los pueblos en la tierra de Enmedio, y que son muy poderosos, pero no sé mas. Ustedes, ¿qué saben?

-Supe que hoy murieron - repuso el joven.

Caleb quedó muy asombrado por esa noticia, y todos, sin saber por qué, guardaron un momento de silencio.

Finalmente se hizo tarde y después de hablar un poco de los "veloces de los portales" llegó la hora en que tenían que irse a descansar. A Caleb le tocó acostarse en un sillón que allí había, pero el respaldo del brazo del sofá, donde el atravesado recostó su cabeza, quedaba cerca del baño, y la puerta de éste, se encontraba un poco abierta. El lavamanos del baño tenía una pequeña gotera, pero tiraba el agua suficiente para que Caleb se adentrara, mientras dormía, en la historia de todas las cosas. Regresó al mismo momento en el que se había encontrado con el Rey Kurios, afuera del gran muro, frente al Mar de Cristal. Y aunque era la misma escena, como es costumbre, dentro de la voz del agua, el atravesado tuvo mas revelación:

Caleb estaba a las afueras de una gran ciudad y Kurios estaba parado a lado suyo. El monarca volteó y lo miró con una mirada de amor que provocó que las piernas del atravesado perdieran las fuerzas al igual que su alma. Kurios le sonrió y le habló, y esas palabras devolvieron la fuerza al joven para que pudiera permanecer en pie.

- Caleb - le dijo- tu hermano y tus padres están ahí adentro, en el banquete que les he preparado. Pero tú ya no puedes pasar. Yo debo volver adentro, y tú también debes regresar, y esperarme allá. Quiero que conozcas mi amor por ti y para esto, una cosa te voy a pedir.

Kurios hizo una pausa y después continuó...

- Apoleón no tarda en llegar. La tierra de donde vienes estará libre de demonios y será fácil atravesar a los humanos. Es la última oportunidad que tienen los hijos de Gomer. Ahora, debo volver adentro.

El Rey Kurios comenzó a marcharse. Caleb lo detuvo.

- Señor, Kalah, no pude atravesarla, ¿por qué?

- Tráela delante de mi.

Caleb se consternó por esa respuesta. Se preguntó cómo podría hacer eso, si Kalah no podía escuchar al agua, ni tampoco podían atravesar el mar de cristal. En ese momento el Rey Kurios, se fue. A un lado de Caleb apareció un ángel y le dijo a Caleb:

-Debes irte.

Caleb se despertó abruptamente y salió de la Historia De Todas Las Cosas, pero para su sorpresa, en el pequeño lugar donde se alojaban, habían dos robopatrullas apretujadas en el reducido espacio, Una de las robopatrullas tenía su Majaira; la cargaba con las pinzas especiales para cargar esas armas. Había un nuevo modelo de robopatrullas con esas pinzas integradas, pinzas que procedían de la tecnología mohana.

JuraXime y sus amigos estaban esposados, maniatados, tirados en el suelo y encañonados por las máquinas. También había una bestia con cabeza de chacal y cuerpo de humano bastante ansioso.

Caleb estuvo a punto de pararse del sillón como resorte, pero la mirada y expresión de JuraXime lo detuvieron. Entonces el veloz entendió. Ni la bestia ni las robopatrullas podían verlo a él, porque la jovencita lo había cubierto con un campo de fuerza que lo hacía invisible. En vez de protegerse a sí misma, JuraXime estaba protegiendo a Caleb para que no lo vieran ni lo capturaran. La chica si podía ver a la atravesado por que ella estaba haciendo el campo de fuerza, pero nadie mas podía hacerlo, ni siquiera las maquinas. El agente chacal creyó que le había puesto a tiempo a JuraXime las esposas espaciales para atravesadas, que mas que grilletes parecían guantes metálicos que se volvían rígidos en un instante; éstas esposas inmovilizaban los dedos a fin de evitar el mínimo movimiento que se requiere para formar un campo de fuerza, pero no había sucedido así, sino que JuraXime tuvo el tiempo y la habilidad para proteger a Caleb sin que nadie lo notara.

El atravesado miró rápidamente la situación y no estaba nada sencilla. Sus amigos estaban amenazados con los grandes cañones de los robots, cualquier movimiento en falso resultaría fatal.

Mientras el atravesado consideraba todas las opciones, sucedió algo que ni siquiera se le habría ocurrido. El hombre chacal llamó a alguien que estaba afuera, en el pasillo y Kalah entró.

-¿Dónde está el veloz?.- Idró el chacal.

-Aquí estaba cuando ustedes entraron.- Respondió Kalah.

-No estaban mas que estos tres.- Dijo la bestia.- Así que no te pagaremos.

-¡Ey! Un momento.- Replicó la joven.- Al menos denme lo que ofrecen por delatar una Majaira y además, aunque el veloz se halla escapado misteriosamente, les entregue a estos tres, y por ellos también deban pagarme.

El chacal sabía que la mujer tenía razón y finalmente le aventó de mala gana un saco con denarios y, aterrado, Caleb vió como la muchacha se los guardo en la alforja de Navi. Kalah se las había ingeniado para robársela mientras él dormía y zafársela de la cintura, después, mientras todos dormían, había llamado a los agentes del gobierno para entregarlos y cobrar una recompensa.

Al fin, Kalah se marchó con su botín. Las robopatrullas obligaron a los atravesados a ponerse en pie y a marcharse, en condición de prisioneros y prospectos para el proyecto Joas, proyecto que el mismo Caleb había desarrollado en su vida pasada. El proyecto tenía el propósito de cerrar la herida de la espada en el corazón de los atravesados por medio de inyecciones muy dolorosas. Éste proyecto seguía funcionando por que el Semejante no quería que los atravesados cruzaran el portal de la vida y se unieran a las filas del enemigo. El gobierno esperaba convertirlos para sus propósitos y de paso, torturarlos.

Capítulo 8

SEUDO

CAPÍTULO 7

En el desierto de la tierra de Enmedio, donde estaba la ciudad de la luna, y Syka, la ciudad de los hijos del cantor, había un gran alboroto, como en el resto del mundo, gracias a la desaparición de los atravesados, por que, junto con ellos, también los niños menores de doce años habían desaparecido en un instante, incluyendo a los hijos de los hombres roca, y eso tenía histéricos a todos, especialmente a los padres y a las madres.

Tal desaparición, había sucedido unas cuantas horas antes de que los hijos del cantor y los hijos de la piedra firmaran el acuerdo de paz que les proponía el Semejante, el acuerdo que los uniría a su nuevo orden mundial. La pérdida de los niños provocó que se frenaran abruptamente los diálogos diplomáticos y que se postergaran hasta que se resolviera el enigma.

Para el semejante, este inconveniente era un gran inconveniente. Ahora tenía poco tiempo antes de que Regresara Kurios para potencializar a todos los humanos, incluyendo a esos dos pueblos. Debía concluir su plan de unirlos bajo una misma bandera, por varias razones. Una de ellas era para que se unieran a su ejército en contra del Rey de reyes, y pelearan a su lado, cuando Kurios volviera con los atravesados. Si estos dos pueblos no se unían, uno se opondría al otro y en ese caso, alguno de los dos sería rebelde al gobierno global, y eso provocaría muchas complicaciones y muchas cosas saliéndose de control.

Aunque el mandatario anhelaba gobernar sobre todos los pueblos, como cualquier otro que esté corrompido por la sed de poder, lo que realmente había en el corazón del Semejante era un gran odio contra el Rey de los reyes, y le tenía mucha envidia, y esa envidia hacía que quisiera hacerse pasar por Él y que buscara sentarse en su trono, en su palacio, y gobernar sobre los halleitas; a como diera lugar. Por eso quería que firmaran, para gobernar sobre ellos.

Además, y no menos importante, el Semejante sabía que Kurios le había prometido a los hijos del Dulce Cantor que regresaría por ellos, y el gobernante quería, con todas sus fuerzas, arrebatarse al Rey la posibilidad de cumplir con esa promesa y ganarle en eso. La manera de lograrlo, era potencializando a los hijos de Hallael. Si a los halleitas se les aplicaba la inyección, (como dictaban "los tratados de paz") no podrían ser el pueblo de Kurios, por que ya no serían humanos, sino que, por la inyección

"333X2", serían de otra raza, y el Rey de los Reyes ya no podría rescatarlos.

"¿Y quién sabe? - se decía el Semejante - tal vez sea cierta la leyenda, y si logro hacer que rompa su promesa, Él mismo se rompa. Eso sería muy bueno, por que así me desharía de Él para siempre". Y es que había una leyenda que decía que si el rey Kurios rompía una promesa suya, el universo también se rompería. Existía una versión de esa misma leyenda que aseguraba que el que se rompería no iba a ser el cosmos, sino él mismo Rey, y ésta versión era en la que pensaba el gobernante.

Y por si todas estas razones para unir a esos dos pueblos y potencializarlos fuera poco, al Semejante le quedaba otra razón, la cual, obedecía a una remota e ingenua esperanza. Pensaba que si no se cumplía lo que dictaba la leyenda, de que el humillado se rompiera en el momento de que él faltara a una de sus promesas, por lo menos, había la posibilidad de que no regresara si se enteraba de que ya no tenía un pueblo por el cual regresar. Y si eso pasaba, el semejante obtendría su reino, sin siquiera pelear.

Sucedió entonces, que por aquellos días llegó un gran Centauro cabalgando a la tierra de Enmedio. Era completamente blanco, tanto su cuerpo, como su fornido torso, tanto sus patas y pesuñas, como sus brazos y manos, tanto los pelos de su cola como los cabellos de su cabeza. Del suelo a la cruz media al rededor de cuatro metros. Su rostro tenía rasgos felinos, excepto por sus ojos, que eran redondos como los de cualquier persona y de color azul, sus orejas eran puntiagudas y el cabello de su cabeza, todo el tiempo parecía estar flotando, como si estuviera moviéndose dentro de una alberca. Sus manos y sus brazos eran fuertes. Llevaba una alforja proporcional a su tamaño, que le cruzaba con la correa por el pecho. Su nombre era Seudo.

El día que Seudo llegó a la mitad de la tierra, hacia muchísimo calor. Su galope hizo que el suelo retumbara, de modo que todos advirtieron que venía. Llegó directamente hasta la plaza común que compartían las ciudades de la roca y la de Sika. No era una plaza muy amplia, estaba entre algunos viejos edificios, varias calles llegaban ahí, enmarcadas por arcos arquitectónicos. En esa plaza colindaba con el patio del Palacio de la Roca, siendo delimitado por el muro en el que estaba el portal del Dulce Cantor. Se llamaba: La Plaza de Las Naciones.

Lo primero que hizo el Centauro Seudo en cuanto llegó a aquel lugar, fue convocar a los dos pueblos, a los hijos de Hallel y a los Hijos de Moha. Simplemente gritó y llamó a todos. Su voz era potente, tronante y hacía retumbar cada madera de la ciudad. Su tamaño y su porte eran tan impresionantes que pronto captó la atención de todos, incluyendo la de los gobernantes de los dos pueblos. El centauro logró reunir en un mismo lugar a los hombres de piedra y a los hijos del cantor, y cuando todos

estuvieron en torno a él y atentos, comenzó a hablar.

-Me llamo Seudo, y con estas poderosas pesuñas que he recibido, he atravesado el mar de cristal, y todo para traerles un mensaje de parte de su padre, Joriá, el padre de los pueblos.

Joriá, como dijo Seudo, fue el progenitor de Hallel, el cantor, y de su hermano Moha, el príncipe conquistador. La creencia popular en ambas culturas, decía que el espíritu de Joriá aún vivía en las tierras lejanas. Ese parentesco, vinculaba a esos dos pueblos, aunque a éstos les molestaba si quiera recordarlo.

-Joriá - continuó el Centauro - me ha mandado a decirles que el rey Kurios ha vuelto de las tierras lejanas, que ya cruzó el mar de cristal, y que ya debe estar en estas tierras, pues ha decidido volver a su palacio; pero olvidó su corona. El padre de los pueblos, Joriá, me dió a mi esa corona, y me pidió que la trajera aquí para que yo se la entregue personalmente cuando lo vea y me me pidió que les advirtiera que deben recibirlo como el gran Rey que es, en su Palacio, como el mismo Kurios espera, pero me doy cuenta que ni siquiera han echado los cimientos del edificio, solo veo, de aquel que fuera su recinto, aquel antiguo muro que sigue en pie y unas pocas ruinas de ese lado. Joriá me pidió que les advirtiera que deben recibirlo bien, digno de su Reino, pues no vaya a suceder que regresando Él, no vea dónde descansar y habitar, y vuelva a irse.

Todos tenían la cara desencajada. Un gran silencio reinó en el lugar. Un silencio provocado por que la mayoría dejó de respirar por un momento, pues la treenda noticia y su procedencia, les tomó por sorpresa. Segundos después estalló un bullicio que duró hasta el día siguiente.

Los hallelitas sí se preocuparon mucho, porque siempre habían deseado el regreso de su Rey, pero cayeron en cuenta que en efecto, no estaba construida la casa de Kurios como para recibirlo. El problema era que para reconstruirla debían derribar el Palacio de la Roca, pues éste, ocupaba el lugar donde en un principio estaba la morada de Kurios, y por su puesto que los hijos de Moha nunca permitirían derribarlo para construir un palacio para un rey que no era el suyo.

-¿Cómo sabemos que no mientes?- Finalmente gritó un anciano principal de los hallelitas, elevando su voz sobre todas las demás.

Entonces, en respuesta a esa pregunta, el centauro comenzó a hacer unos movimientos extraños con sus brazos. Juntaba sus dos manos a la altura de su pecho. Luego giraba un poco su torso. Después estiraba uno de sus brazo para abrirlo y lo dejaba así, estirado. Luego, con el dedo de la mano de ese brazo que tenía abierto, apuntaba a alguien de entre las personas, y finalmente, separaba de golpe la mano que tenía pegada a su pecho, abriéndola abruptamente. Éste ademán lo hizo varias veces y en cada

ocasión, se giraba para apuntar a alguien diferente. Después de hacer aquellos ademanes, bajó sus brazos, infló su pecho, y miró severamente a los hallelitas, luego, con toda solemnidad, sacó de su alforja la corona de Kurios que había mencionado. Por el tamaño de sus manos parecía que estaba enseñando algún brazaletesuyo.

Realmente era impresionante esa corona, tan brillante que el rostro de los presentes se iluminaban con la luz que reflejaba. Era tanto el fulgor que irradiaba, que parecía tener luz propia. Entonces uno de los ancianos de los hijos del cantor dió unos pasos adelante, levantó lentamente el brazo hasta apuntar aquella reliquia y con una cara de asombro gritó:

-¡Es la corona de nuestro Rey! ¡Miren! Tiene inscrito y grabado su nombre secreto, el nombre que nadie conoce y que iba a rebelar cuando regresara.

En efecto aquella corona tenía un nombre nuevo, grabado enfrente. Y es que había otra leyenda entre aquella gente que contaba que el Rey Kurios tenía un nombre secreto y que lo revelaría cuando volviera. La gente también lo podía mirar. Entonces, otro anciano también gritó :

-Es cierto, es su corona, nuestro gran Rey llegará en cualquier momento.

Las gritos de júbilo y las sonrisas en los rostros de los Hijos del Cantor no se dejaron esperar.

-¡Pero no es nuestro rey! - interrumpió un hombre piedra con un alarido tan fuerte, que pareció el rugido de un león- y están locos si creen que les vamos a permitir derribar nuestro palacio para construir el suyo. Si los hijos del cantor desean eso, tendrán que matarnos a todos nosotros, y a nuestros hij....

El hombre piedra no terminó la frase, y ni siquiera la gran molestia que tenía el hijo de Moja pudo ocultar la confusión que reflejó su rostro. Por un momento había olvidado que sus hijos pequeños también habían desaparecido inexplicablemente. Las mujeres de los hombres piedra lamentaban mucho aquella pérdida, no habían dejado de llorar desde el incidente. Tenían prohibido derramar lagrimas por que su piel se ablandaba, pero no podían evitarlo. Ellas no eran tan grandes como los hombres de piedra, no tenían pelo, ni su cuerpo producía ríspidas rocas protuberantes que las cubrieran y que cambiaran la apariencia de su cuerpo, como sucedía en el caso de los hombres, simplemente su piel se hacía muy dura, como de piedra. Eran mucho más pequeñas que sus compañeros y su figura era similar a la de cualquier otra mujer.

-Kurios no es su rey, pero Joriá sí es su Padre. - Tronó la voz del Centauro, disipando la nube de confusión que había producido en el pueblo Mohano el amargo recuerdo de a la desaparición de sus niños -

Quien me dió el encargo de entregar la corona al rey Kurios fue su mismo padre. Además una de las razones por las que Kurios ha decidido regresar en este tiempo y no en otro, es precisamente para indagar sobre la terrible y dolorosa desaparición de sus hijos, a escuchado su clamor y quiere ayudarles a devolverles a sus niños.

La idea no terminaba de convencer a los hombres de roca, pero ahí paró la asamblea en esa ocasión. Los dos pueblos abandonaron la plaza y los líderes se reunieron para deliberar sobre lo ocurrido.

Aquella misma noche, el Centauro Seudo convocó a los hijos de la piedra a una junta, para aconsejarlos.

-Les sugiero que lleguen a un acuerdo con sus hermanos, los hallaelitas, por medio del tratado de paz que les ofrece el Semejante. Deben recordar que ustedes están en aprietos con ese gobierno porque su príncipe, Kabed, perdió la llave en manos de un atravesado.

Está noticia impactó a los presentes pues no tenían conocimiento de eso.

-Ustedes juraron - Continúo Seudo - en Los Tratados de Oriente que pagarían con la muerte de todas sus doncellas si algo le pasaba a esa reliquia o si la perdían. Si el gobierno global del Semejante les obliga a pagar esa deuda, sus corazones no podrán soportar otra pérdida tan dolorosa como esa. Ya perdieron a sus hijos ¿Y ahora a sus doncellas? Creanme, si no los mata la tristeza, lo hará la falta de jóvenes y de descendencia.

-Pero ¿cómo sabemos que realmente Kabed murió y que ha entregado la llave como tú dices? - Cuestionó un principal de entre los hombres piedra.

-Piénsenlo. Su capitán no ha regresado en mucho tiempo. La llave ya no la tienen, unos atravesados cruzaron su ciudad y entraron a su palacio hasta llegar al muro. ¿Lo recuerdan?

Los hijos de la piedra lo recordaban con toda claridad, hacía tan solo unas semanas atrás, tuvo lugar un gran alboroto en la plaza central de su ciudad, al inicio de una de sus fechas mas solemnes, los días de Jabal. De hecho, en esa ocasión, la festividad fue muy diferente a las anteriores, estuvo estigmatizada por la lluvia, por la irrupción de infieles, la desaparición de los mismos y por qué desde esa vez, la trompeta de Jazdiz, el gran demonio que sobrevolaba su cielo, dejó de Sonar.

En aquellos momentos, el demonio guarda, Jadiz, estaba en la batalla de los ángeles, mas allá del mar de cristal, como cualquier otro demonio.

-¿Qué infiel se atrevería a semejante locura si no tuviera un objetivo claro? - Continuó sentenciando el Centauro -Ademas, el mismo Semejante inició una investigación sobre el paradero de Kabed, después de que no llegara a la cita que tenían. El alcalde gigante de la ciudad de Nemeión, dijo que Kabed había ido en busca de una mujer, pues quería atraparla antes de llegar a la ciudad capital de Amot. El mismo alcalde le dió a Kabed la dirección de la muchacha. En casa de ella encontraron el cuerpo desmoronado del guardián de piedra. La rocas que ahí yacían tenían grabados sus runas tan características.

La chica de la que hablaba Seudo era Ishia y el alcalde era el Gigante que estaba en el cementerio la noche en que Aod liberó a la mamá de ella, el mismo que mandó las motopatrullas en aquella ocasión.

-Para que ya no lo duden, - Continúo Seudo - deben saber que el gobierno del Semejante ha encontrado las espadas de esos hombres que ustedes no capturaron y que cruzaron por sus plazas en los días de Jabal, en la selva que estaba detrás del portal. Lo que significa que esos hombres obtuvieron la llave y la usaron para cruzar por la puerta en el muro.

Los príncipes de los Mohanos, también sabían a qué selva se refería Seudo. A la que aparecía, invariablemente, detrás del portal cada vez que se abría con la Llave de oro.

- Quiero ayudarlos - insistió el Centauro - Ni si quiera lo hago por ustedes, lo hago por su Padre que me lo pidió. Escuchen, en el tratado de paz que el Semejante les propone, les ofrece perdonarles cualquier agravio. Firmar ese tratado es la solución a su deuda. Acepten la misericordia de él y no lo demoren más. No pierdan más seres queridos y sigan la voluntad de su padre Joriá.

Después de haber dicho eso, el centauro se marchó, confiando en la buena prudencia de los hijos de la roca, persuadido de que tomarían una buena decisión. A Seudo ya no se le volvió a ver hasta unos días después.

Los gobernantes del pueblo de piedras sabían que el Centauro tenía razón, y después de deliberar hasta la madrugada del siguiente día, decidieron hacer la paz con sus vecinos, y firmar el acuerdo del gobierno global. Pero antes de eso, solicitaron una audiencia personal y privada con el Semejante, para informarle de su decisión y hacerle una petición.

El Semejante atendió al llamado de los hijos de Moha y se reunió con ellos por medio de una video llamda. Los hombres pusieron sobre la mesa el asunto de Kabed y de la llave, tratando de medir las repercusiones que tendría tal falta, pero contrario a lo que pensaban los hijos de Moha, el gobernador se mostró comprensivo y misericordioso, pero principalmente, complacido por la decisión que tomaron de firmar los tratados de paz.

Claro que el semejante estaba dispuesto a perdonar el descuido de Kated en el cuidado de la reliquia, solo que, en compensación, puso una condición, añadió una cláusula en el tratado, un edicto que decía que la llave le pertenecería al que la tuviera o al que la encontrara. Los hombres piedra accedieron, pues no tuvieron más remedio que aceptar.

El Semejante pensaba que él sería quien encontraría la llave en la selva, donde suponía que los atravesados la habían dejado cuando fueron ahí por el último de los gentiles, y ya tenía desplegado todo un operativo de búsqueda, con la tecnología más avanzada, a fin de obtener esa llave. La nueva cláusula que había añadido en el acuerdo le daría el derecho legítimo sobre la reliquia ante los dos pueblos, cuando la encontrara.

Los hombres roca también pidieron modificar el acuerdo en un asunto. Aceptaban que los hallaelitas reconstruyeran el palacio de su Rey, pero a un lado del palacio de la roca, del otro lado del muro, siendo éste, la división entre ambos. El pueblo de la roca no permitiría, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera bajo amenaza de muerte, que se derribara su palacio para que sus vecinos construyeran el suyo encima, sería una deshonra tan grave que preferirían la muerte. Al Semejante le pareció bien, pero había que ver qué les parecían las nuevas modificaciones a los hijos del Cantor.

El Semejante, concertó una cita privada con los ancianos hallelitas. Les pidió su apoyo para convencer a todos los hijos de Hallel, a fin de que se unieran a su gobierno, y en cambio, prometió expulsar para siempre a los hombres rocas de esas tierras y entregárselas a ellos solamente. Para conmover el corazón de los hallelitas y valiéndose del sentimiento nacionalista, en su discurso, el Semejante recordó que así había sido al principio. Esta era una promesa que les hacía, en secreto, porque obviamente, nunca dijo nada de eso a los mohanos.

- Miren- les decía- Yo amo a su pueblo, quiero que reciban a su Rey y que ustedes sean el reino principal de entre todos. Yo mismo pienso someterme a Kurios y poner todos los reinos en sus manos, pero necesitamos hacer esto primero.

Era cierto que a todos los representantes del pueblo del cantante les molestaba que la Llave del dulce cantor se quedara en manos del poseedor actual, pues pensaban que la tenían los mohanos y que se quedaría para siempre en su poder, y eso les pegaba en su orgullo. Pero Gamaliel, el anciano, insistió en que no pusieran cuidado con ese punto, sabiendo que él mismo era quién tenía la reliquia, pues el atravesado Martín se la había entregado antes de que cruzara el portal en el muro; pero el anciano aún no se lo había dicho a nadie. Solamente lo sabía Natanael, el muchacho que acompañaba a Gamaliel el día que el atravesado del martillo le había dado la llave, pero el anciano le había

pedido a su joven amigo que guardara el secreto, lo cual hizo.

Los Hijos del Cantor aceptaron firmar los tratados de paz, con todo y las nuevas modificaciones, pues les apremiaba construir el palacio, para recibir al Rey Kurios. Creían que en cualquier momento llegaría, y no querían que el Rey de los reyes se volviera a ir por no estar preparados.

Los hijos del cantor creyeron en la demagogia del Semejante, y pensaron que él podía ser el líder político que desde tanto tiempo habían estado esperando. Sus leyendas también decían que algún día llegaría un político que les ayudaría a recuperar su tierra para siempre, y creyeron que el Semejante estaba viniendo a cumplir ese papel, a pesar de que durante tanto tiempo, lo tuvieron a él en poco y a su gobierno.

Finalmente, "Los Tratados de Paz" se firmaron. Luego de algunos festejos y pasados unos pocos días, todos pusieron manos a la obra. La noticia secreta de que el Semejante estaba de lado de los hijos del cantor, se expandió rápidamente solo entre los hallelitas, ganándose la simpatía de ese pueblo.

También muchos seres de la raza bestial comenzaron a llegar e instalarse en esas regiones. Nunca antes había sucedido, pero la gran mayoría de las bestias que llegaban eran empleados del nuevo gobierno, y se estaban mudando ahí, para desempeñar sus puestos.

No tardaron en llegar los cargamentos con la formula "333X2" y con la velocidad de las franquicias, pronto acondicionaron las clínicas donde se aplicarían las inyecciones. Esa era la prioridad del nuevo gobierno.

También empezó la construcción del palacio de Kurios, no había tiempo que perder. Decidieron levantar ese edificio en el otro extremo de la "Plaza de las naciones" en frente del muro del portal. En un gran montículo que se elevaba justo ahí.

El inicio de aquella obra le trajo a Gamaliel una gran idea. El anciano creyó que un acontecimiento tan importante como levantar aquel recinto no podía iniciar sin una ceremonia digna, y pensó seguir el ejemplo del Rey de reyes, quien, cuando hacia algún banquete, invitaba a personas de todo el mundo por medio del portal del muro. De esta forma se aseguraba, en los tiempos sin tecnología, de que todo el mundo se enterara del algún acontecimiento importante, y que el evento fuera una fiesta de culturas. Además, el anciano siempre se había divertido imaginado la cara de perplejidad de las personas al ver que se abría, sorpresivamente, un a puerta frente a ellos, que conectaba a otro lugar y que salía de ahí el rey Kurios a tenderles la mano.

Así Gamaliel fue al nuevo edificio de gobernación del Semejante para hablar de sus planes. Como anciano de su pueblo, podía hablar en

representación del los hijos del Cantor.

El anciano llegó, al edificio de gobernación y esperó su turno. Esperaba con algo de molestia, pues estar ahí representaba tener que pedir permiso a otras personas sobre los asuntos de su pueblo, además de lo engorroso que era toda esa burocracia. Finalmente, le pidieron pasar a una oficina donde, una bestia, que tenía cara de camarón y cuerpo de crustáceo, lo recibió. Gamaliel le expuso su solicitud formal.

- Pero, ¿de que hablas, anciano? - Le reprochó el ministro del gobierno a Gamaliel, sin el mas mínimo respeto - ¿Cómo piensas abrir ese portal? ¿Acaso no sabes que se necesita una llave especial?

- Sí - dijo el anciano con mucha seriedad y mirando fijamente a su interlocutor - y yo la tengo.

Gamaliel metió su mano en su túnica, sacó la reliquia tan preciada y se la enseñó al ministro.

- Dame esa llave - acertó a pronunciar la bestia, sin saber qué más decir, por el asombro que le provocó ver la reliquia.

- ¡Claro que no! Me pertenece a mí y a mi pueblo, eso es lo que decía el tratado que firmamos en los acuerdos de paz: Que la llave se quedaría con quien la tuviera o la encontrara, y yo la tengo porque yo la encontré.

- ¿Dónde la encontró?.

- Ese no es asunto suyo.

- Pues, abuelo, de todos modos esto lo tengo que hablar con el mismísimo Semejante.

- Pues hágalo.

El anciano salió muy indignado de oficina del crustáceo.

Y así fue que el Semejante se enteró finalmente de dónde estaba la reliquia tan deseada. El fuego de la ira se encendió en su interior de manera muy, pero muy intensa, pues se vió completamente burlado. Pensaba que sería él mismo quien encontraría la llave, con toda su tecnología y con su equipo que en esos momentos estaba buscando en la selva, donde se localizaba la última de las aldeas, pues el Semejante había creído que ahí la habían tirado Salak y Mezak

El pueblo de la roca también se sintió traicionado y engañado al enterarse. Ellos tampoco imaginaron que los hallelitas recuperarían la llave. Habían aceptado que el Semejante obtuviera la reliquia, por ser alguien parcial

dentro del pleito, pero no soportaban que los hijos del cantor la recuperaran. Los hijos del príncipe conquistador también habían creído que el Semejante la recuperaría, pues Seudo les había hablado de la búsqueda que estaba realizando. A los mohanos no les importaron para nada los nuevos pactos que contrajeron con los hallaelitas, y estaban listos para vengar la supuesta traición.

El Semejante tampoco tenía la capacidad para controlar su enojo, y eso lo incapacitaba para mediar entre los dos pueblos, así que decidió retirarse de aquellas tierras, viajar a la ciudad de Amot y volver cuando estuviera mas calmado.

De la misma manera, a los hallelitas les indignaba, y mucho, que los hijos de las rocas decidieran romper los acuerdos en la primera oportunidad que tuvieron. Y no estaban dispuestos a quedarse cruzados de manos, sino que responderían con fuego a la mas mínima provocación.

Las hostilidades entre los hallelitas y los mohanos volvieron a crecer, enormemente, en tan solo dos días. Sin embargo, la situación no era la misma de antes.

En los acuerdos de paz los hijos de la roca y los hijos del cantor accedieron a supeditar el huso de su armamento, bajo el consentimiento del Gobierno global. De modo que el poderío militar de aquellos pueblos, se encontraba resguardado por el gobierno del Semejante. Sin embargo, los hombres roca, aunque no podían usar su arsenal, el cual no era mucho, tenían sus poderes sobre la tierra, y además ellos mismos portaban sus corazas de rocas cambiantes, dándoles la ventaja suficiente para buscar iniciar una pelea contra los hallelitas. Pero los hijos del cantor también tenían un as bajo la manga. Cuando retornaron a su tierra para repoblarla, desarrollaron una gran red, cómo de araña, que recorría toda la tierra de la ciudad de Syka, estaba unos setenta centímetros bajo del suelo, con unas estacas metálicas en varias uniones que apenas se asomaban por encima de la superficie. Esta red servía para contrarrestar, por medio de electricidad y magnetismo, el poder de los hombres roca sobre el suelo, a fin de que no lo pudieran manipular, pues de lo contrario, destruirían cualquier construcción que los hijos del cantor levantaran en su ciudad. Esa maya no la pusieron bajo el resguardo del Semejante, pues no era una arma militar, pero si se modificaba tan solo un poco y se reconfiguraba de manera adecuada, podía formar campos magnéticos que lanzaran poderosos rayos, desde diferentes puntos de la ciudad y hacia diferentes objetivos. Esta gran herramienta, era la que envalentonaba a los Hijos del Cantor en su pleito contra los hijos de la Roca.

Pero cuando las hostilidades estaban a tope, y apunto de estallar en guerra, el suelo comenzó a retumbar y enseguida se empezó a escuchar el

galope de un gran animal, entonces vieron que a lo lejos, por el desierto, venía Seudo, el Centauro.

Capítulo 9

LOS 144

CAPÍTULO 6

Al llegar, Seudo intentó fungir como intermediario y calmar los ánimos entre los dos pueblos de la tierra de Enmedio. Su tamaño, su porte y su potente voz eran tan imponentes que pronto volvió a capturar la atención de todos.

En nada les conviene una guerra en éste momento. - Dijo el centauro, dirigiéndose especialmente a los ancianos hallelitas. - Recuerden que si ustedes accedieron a firmar los tratados de paz, era con en fin de quitar cualquier obstáculo para reconstruir el Palacio de su Rey Kurios. Pero ahora, regresaron a la misma situación de hace algunos días, sin las condiciones necesarias para levantar ese edificio. Escuchen mi voz y tomen mi consejo, denme a mí esa llave, a mí que soy neutral, a mí que soy imparcial; y yo se la daré al Rey de Reyes junto con su corona cuando venga. Lo más seguro es que él se las regrese, y esto les demostrará a ustedes y a todos, que realmente esa llave es suya.

Nadie estaba tan contento con esa propuesta, ni los mohanos, ni los hallelitas. Ante el silencio y desaprobación del público, después de permanecer unos momentos callado, el centauro volvió a hacer esos ademanes extraños. Volvió a juntar sus dos manos a la altura de su pecho, a girar sobre su torso, y a estirar su brazo, y con la punta de su dedo volvió a apuntar a un anciano hallelita, y separó de su pecho abruptamente la otra mano, abriéndola de golpe. Éste ademán lo volvió a hacer varias veces pero ahora, también apuntó los príncipes de mohanos.

Entonces, los ancianos de los hijos del cantor y los príncipes de los hijos de la roca, que habían sido apuntados por Seudo en sus movimientos extraños, cambiaron sorpresivamente de opinión y le dieron la razón de forma pública al Sentauro, y decidieron hacer caso a su consejo.

La mayoría del pueblo hallelita aceptó la propuesta también, pues pensaban que era lo mas conveniente, y que lo que realmente importaba en ese momento era, como decía Seudo, preparar la morada de Kurios, y no tanto la llave. Además creían en las promesas del Semejante y no querían que ese problema complicara las cosas.

Los hijos de la piedra también se comprometieron a que aceptarían la decisión de Kurios cuando decidiera a quién darle la reliquia, con tal de no sentirse traicionados. Además, de vez en cuando, les gustaba mostrarse

benévolos con sus enemigos, pues lo interpretaban como una muestra de superioridad.

Pero Gamaliel, el anciano y poseedor de la llave se negó a entregarla. Habían varias cosas en las que estaba en desacuerdo con el gigante. Le parecía una ridiculez que al gran Rey se le olvidara su corona, y con respecto al nombre que tenía grabado esa reliquia, pensaba que sí realmente nadie lo conocía, era imposible estar seguros de que ese fuera el nombre secreto, y que solo sería rebelado cuando el mismo Kurios lo hiciera.

- ¡No estoy de acuerdo! - Gritó Gamaliel.

El anciano se rasgó su vestimenta y se aventó un poco de polvo sobre su cabeza como señal de desaprobación.

Al ver la oposición del anciano, Seudo comenzó a hacer sus ademanes extraños y apuntó directamente al corazón de Gamaliel, y soltó la flecha invisible que hacía que las personas cambiaran de opinión, tal y como lo había hecho con los otros. Lo que sucedía en realidad era que con esos movimientos extraños, el centauro disparaba flechas gigantes e invisibles, con un gran arco que también era gigante e invisible. Esas flechas podían cambiar las intenciones de los corazones. Así había puesto a muchos ancianos y príncipes de su parte.

Pero en el instante en que Seudo soltó la saeta, otra persona que caminaba entre el pueblo hallelita, hizo otro ademán, como si empujara el aire con las puntas de los dedos de su mano. Eso bastó para que la flecha que había lanzado el centauro se desviara.

Seudo esperó a que Gamaliel le diera la razón, pero no sucedió, y al ver que no surtía efecto su poder, volvió a hacer sus movimientos y a lanzar otra flecha, pero el resultado fue el mismo. Volvió a intentarlo un par de veces más, sin tener éxito. El equino nunca se percató que el responsable de que sus flechas no dieran en el blanco era aquella persona que se encontraba entre los hijos del Cantor, quien, a lo lejos, se encargaba de desviar las saetas con una fuerza invisible al mover sus dedos.

Entonces enfurecido, confundido y frustrado, Seudo lanzó una sentencia al anciano frente a todos:

- Gamaliel, yo he venido a servir entre ustedes como mediador, por encargo de su padre Joriá. Todo tu pueblo desea que me entregues la llave, pero tu insistes en negarte. Así que no me das otra opción mas que quitártela por fuerza. Te doy tres semanas y media para que cambies de opinión pero si no lo haces sufrirás las consecuencias. La construcción del palacio de tu rey no se detendrá por tu culpa, comenzará ahora mismo, pero tú entregaras esa llave a mas tardar en tres semanas y media, lo

quieras o no.

Todos estuvieron de acuerdo, bueno, casi todos. Hubo algunos hijos del Cantor a los que tampoco les convencía lo que decía Seudo, y que sí les interesaba retener la reliquia, pues atesoraban a Kurios y todo aquello que proviniera de él. Esos hombres siempre pensaban en el Rey de los reyes y anhelaban su regreso desde antes que llegara Seudo con la noticia de que ya venía.

Junto con Gamaliel, aquel pequeño grupo de hallelitas tampoco estaba de acuerdo con las inyecciones potencializadoras del gobierno global. Pensaban que si su pueblo se potencializaba, ya no habría una diferencia entre los demás pueblos, y entonces Kurios no tendría manera de cumplir su promesa de venir por ellos, puesto que se harían como cualquier otro, y el gran Rey no podría distinguirlos y reclamarlos para sí

A ese puñado de hombres se les acercó, la misma persona que le impidió al Centauro flechar a Gamaliel. Esa persona misteriosa que se paseaba entre ellos tenía un rostro que brillaba como el sol, solo que lo llevaba cubierto, de modo que únicamente se le veían los ojos y un poco de la frente. Llevaba una túnica larga y blanca que le hacía invisible, incluso para Seudo, quien nunca lo vió pasearse entre la gente e impedirle flechar al anciano.

Ésta misteriosa persona en realidad era un ángel. Él se acercó uno por uno, a todos esos hallelitas que amaban a Kurios y que no confiaban en el centauro. Esos hijos del cantor sí lo podían ver, por que el ángel dejaba que ellos lo vieran. Con sus dos manos les tomaba de la cabeza, y cada mano la ponía por debajo de sus orejas y posteriormente les pasaba el pulgar por la frente, y les decía que dentro de tres semanas y media había una reunión muy importante al pie de la torre del muro a la que tenían que ir. Aquellos hallelitas, invadidos por una confianza inexplicable, no solo accedieron a que aquel hombre les tomara del rostro, sino que también aceptaron, sin poner ninguna objeción, asistir a la reunión. Entre esas personas estaba Natanael, el chico que estaba con Gamaliel cuando el atravesado Martín le entregó la llave.

La construcción del palacio de Kurios empezó de inmediato y sin atender el deseo de Gamaliel de abrir el portal, porque la mayoría de los ancianos estuvieron de acuerdo con Seudo.

Gracias a que los hallelitas tenían el proyecto de la reedificación del palacio desde mucho tiempo antes, y a la alta tecnología de ese pueblo, la construcción avanzaba muy rápido. Los hijos del cantor contaban con drones de carga voladores y con gigantescas impresoras 3D para modelar un cemento de secado ultrarrápido, que se desplazaban sobre gigantescas grúas mecánicas, de modo que en tres semanas ya se habían erigido las cámaras reales y la zona principal del conjunto de edificios que

conformarían el gran palacio de el Rey.

La construcción, como dijimos, estaba frente al muro antiguo, en el otro extremo de la Plaza de las Naciones.

Finalmente llegó el día en que Gamaliel tenía que decidir que hacer con la amenaza de Seudo. Fue a caminar al pie de aquel muro a antiguo para pensar y despejar su mente a fin de tomar una decisión. Sabía que en cualquier momento el centauro llegaría a buscarlo para arrebatarse la llave. Tenía muy claro que no iba ni a huir ni esconderse de Seudo, porque no quería vivir así, pero tampoco quería entregar la llave, pues tenía un muy mal presentimiento. Y aunque no confiaba en aquel mensajero, sabía que no iba poder defender su posesión, y esto le preocupaba.

Mientras caminaba, sumido en sus reflexiones, sintió una mano sobre su hombro. El anciano volteó y miro un rostro resplandeciente. Era el ángel de túnicas blancas que había desviado las flechas del centauro. A pesar de la sorpresa, Gamaliel no se espantó ni se preocupó, sino todo lo contrario, aquel mensajero le inspiraba una gran confianza y una gran paz. "Sígueme", le dijo simplemente aquel ángel al anciano, y Gamaliel, sin preguntar, lo siguió. Caminaron junto a la antigua pared hasta que finalmente llegaron al pie de una torre de vigilancia que estaba en el mismo muro, y ahí se encontraban reunidos ciento cuarenta y cuatro hombres. Eran aquellos que el ángel había marcado en la frente con su dedo pulgar, los que rechazaban al Centauro y a su demagogia, y que no les parecía la idea de que su gente se potencializara.

Aquellos hombres no se conocían entre sí y nadie les había explicado porque estaban ahí, simplemente obedecieron, como hipnotizados, la instrucción del ángel, y con una convicción muy fuerte, asistieron al llamado. No tardaron en descubrir que compartían los mismos ideales y que tenían las mismas convicciones. Bastó con que uno le hiciera la plática a otro y que hablara de los temas mas relevantes por aquellos días, la construcción, la llave y el centauro, para que en unos cuantos minutos, envalentonados por el momento y por la compañía, todos se conjuramentaran a defender la llave, si el anciano decidía no entregarla.

Fue entonces cuando llegó Gamaliel y los hombres le hicieron saber de inmediato la decisión que acababan de tomar.

Gamaliel no sabía que decirles, estaba muy agradecido. El anciano se encontraba frente a los hombres y mientras buscaba las palabras para responderles, logró ver, a espaldas de aquellas personas que Seudo venía a lo lejos. Nadie tenía que decirle a Seudo dónde estaba el anciano, él lo sabía. Gamaliel le vió acercarse pero el Centauro blanco no venía solo, venía con los ancianos hallelitas y con una flotilla de drones militares, esferas voladoras con metralletas de gran calibre en los costados,

dispuestos para exterminar cualquier rebelión. Esos drones eran parte del armamento del ejército hallelita, pero que en esa ocasión estaba siendo usado con el permiso del estado.

El anciano, al ver el inminente peligro mandó, a todos sus aliados que se metieran a la torre en el muro, que él tenía a sus espaldas, apurándolos para que no voltearan y no vieran el peligro que corrían. Gamaliel no quería ser el responsable de que los mataran a todos, como seguramente sucedería.

- Entren ahí - les dijo el anciano - Seudo no tarda en llegar, déjenme hablar con él, a ver si consigo algo, y si no logro hacerlo entrar en razón, yo fingiré que le voy a dar la llave, y a mi voz, cuando les grite, salen ustedes, y entre todos, lo atacamos por sorpresa.

En realidad Gamaliel les mintió, él sabía que obviamente no podrían defender la reliquia de esa flotilla militar que se acercaba, pero les hizo creer que Seudo venía solo, para que los hallelitas creyeran que podrían, entre todos, someter por sorpresa al gigante Centauro, pero en realidad, el anciano pensaba aventarle la llave a la distancia, para que Seudo no se acercara, esperando que se fuera en paz al haber obtenido lo que quería. Después Gamaliel pensaba entrar a la torre explicarles la situación a los ciento cuarenta y cuatro, y la razón por la que había tenido que entregar la llave, luego, les ordenaría que subieran por la torre y que recorrieran el muro desde arriba, a hurtadillas, para que escaparan.